

**CUANDO SE APROXIMAN LOS SABADOS  
Y OTROS CUENTOS**

**PABLO CASSI**

PABLO CASSI, POETA Y ESCRITOR  
EXISTENCIAL

He aquí de repente que lo sembrado echa frutos y los árboles regados florecen. Es como un milagro de hormiga en el granero de un desierto, como un panal que la mano del hombre recogiera en los más apartados yermos. Decimos esto porque vivimos una época poca propicia para el jardín de la cultura. Intereses materiales frenan el vuelo del espíritu y pareciera que crear el arte literario fuera cosa de extemporáneas costumbres.

Pablo Cassi, hace la excepción nobilísima y consagra su juventud a la magia de las palabras. El reloj le devora el tiempo en provechosas lecturas y sus velos se traducen en poemas y cuentos que ya han llamado la atención de los entendidos. Su selección en la antología de poesía joven de Aconcagua — “Surco y Presencia” editada por la Municipalidad de San Felipe, la publicación de sus cuentos y poemas en revistas americanas y nacionales, avalan esta justa apreciación, así como diversas recompensas en torneos nacionales e internacionales de primer arden.

Y es que Pablo Cassi tiene raíz literaria. Allí en el histórica Valle de Putaendo, su abuela primero cantó a su tierra y a su Patria Alejandrina Carvajal, la de Pro—Chilenidad en Cantos Patrióticos Chilenos (1947) la creadora de la letra del Himno de Aconcagua, pues el soplo vital para este joven autor de poesía nueva y de pensamiento contemporáneo. Lo mismo que el hálito poético de su padre Atilio Cassi Carvajal. Por eso decimos que su presencia es saludable en el panorama esquivo y limitado de la literatura actual, en que la juventud

prefiere la facilidad de un mundo envasado en donde todo está hecho y es mejor consumir que producir.

— “ Para un Peregrino distante “ —libro de reciente aparición, producto de todo el esfuerzo de Pablo Cassi en su Taller Literario “Ernesto Montenegro” del cual es su timonel y de su animación en el Taller “Andamio” del Ministerio de Obras Públicas nos reveló como un poeta existencial, de canto profundo, reflexivo y simbólico, con un afán de búsqueda del hombre y su destino: “Dando mi sangre / busco perdón de los que murieron / encuentro en sus sueños / la estatua de mi futuro / la tranquila soledad / de muros y palabras / y las anteriores / que me ayudan a perdonar / a encontrar los cimientos / las equívocas tardes / de mi cansancio / la noche que me sumerge / en un adiós de sus calles / extrañas costumbres / que incineran de noche / los pies de mi estatua.

Hoy tenemos la satisfacción de presentar éste su primer acopio de cuentos bajo el título de “Cuando se aproximan los sábados” Cassi es cuentista existencial. Su pupila ha visto situaciones en salones y pasillos, en calles y avenidas, en caminos, en tumultos y soledades, preguntar, censurarle sus oscuros destinos o aplaudirle la rosa de la esperanza. Apenas un toque de fantasía y una retórica de poesía para argumentos que se quedan en cortedad y que el lector quisiera seguir. Por eso pensamos que cuando lo coja la novelística podrá dar rienda a su habilidosa narrativa, moviendo personajes por ámbitos disímiles, penetrándolos en diversos estratos afectivos, construyendo, en fin, retazos de vida y fantasía, con toda la calidad que ya augura su pluma. Lo anterior en nada quita los ajustados logros de estos cuentos en que Cassi le ha dado a su libro el título del primero de ellos: “Cuando se

aproximan los sábados”.

En todos estos cuentos Pablo Cassi comunica jirones de la vida diaria, las frustraciones de algún joven soñador, la desordenada vida de alguna casquivana mujer, la ternura de algún niño que como Alsino quiso volar y se le cortaron las alas, el amor que duró el humo, el alcohol y el baile de una noche. De todas estas andanzas Cassi regresa sudoroso, desordenado, con profundas ojeras, la corbata suelta, el hálito palpitante. Refrescará su cuerpo, relajará sus músculos, apaciguará su mente y mañana, estamos ciertos, nuevamente se echará a andar por mundos controvertidos, empapándose del cotidiano oficio de vivir.

Carlos Ruiz Zaldivar

San Felipe, diciembre de 1980.—

## SÍNTESIS BIOGRAFICA

Pablo Cassi, 29 años escribe cuento y poesía. Ha participado en eventos literarios a nivel nacional obteniendo importantes recompensas. Es actualmente director de los Talleres Literarios “Ernesto Montenegro” de San Felipe y “Andamio” del Ministerio de Obras Públicas. Sus trabajos han sido publicados en revistas nacionales y extranjeras, destacándose los editados en España, Argentina, Perú y México. Su primera creación en el género cuento fue publicada por el municipio sanfelipeño, en una antología intitulada “Surco y Presencia” junto a otros poetas locales en agosto de 1977, bajo el sello de Arancibia Hnos.

### RECOMPENSAS:

Mención Honrosa: Género cuento en el Primer Festival de Relatos Campesinos, ciudad de Temuco, abril de 1976.

Mención Honrosa: Género poesía en el Festival de la Vendimia, ciudad de San Felipe, abril de 1977.

Primer Lugar: Género poesía “Un Canto a la Ciudad de San Felipe”, organizado por el municipio local agosto de 1977.

Primera Mención Honrosa en Cuento y Segundo Lugar en Poesía: Primer Concurso Nacional de Literatura y Teatro Juvenil, organizado por la Secretaría de Relaciones Culturales, septiembre de 1977.

Segundo Lugar en Cuento y Poesía: Primer Concurso Nacional de

Literatura, organizado por la Caja de Compensación de Asiva, diciembre de 1978.

Mención Honrosa en Cuento: Segundo Concurso Nacional de Literatura, organizado por la Secretaría de Relaciones Culturales, diciembre de 1978.

Segundo Lugar en Cuento: Terceros Juegos Florales del Mar, ciudad de Valparaíso, Julio de 1979.

Primer y Segundo Lugar en Poesía: Primeros Juegos Florales del Ministerio de Obras Públicas, septiembre de 1979.

Mención Honrosa en Cuento y Poesía: Segundo Concurso Nacional de Literatura, organizado por la Caja de Compensación Javiera Carrera, noviembre de 1979.

Primera Mención Honrosa: Concurso Internacional de Poesía “Bodas de Plata” Sociedad de Escritores de Valparaíso, noviembre de 1980.

**LO FUGITIVO**

**PERMANECE Y DURA**

**FRANCISCO DE QUEVEDO**

## Las Vespertinas Diversiones de la Señorita Susana

Mi habitación apenas con sus vidrios transparentes, como atalaya de indecisa ubicación que a veces se resiste al espionaje, demasiado lejos del jardín, la sensación que me produce cada tarde cuando intento descubrir el color de su vestido o el tamaño oblicuo de las baldosas rojo-azules y advertir quizás los restantes movimientos parsimoniosos que la señorita Susana ejecuta como un rito acostumbrado.

El reloj de la torre no cesa de dar sus amarillentas campanadas, siempre siete, como un semáforo invertido, invitándome a soñar con el inicio de un paseo vespertino, con otros días que se repiten en el calendario para verla toda de muselina azul, dejando adivinar su anatomía, convirtiéndose en el pequeño escándalo del vecindario, el silencio cómplice de los que la contemplan como a una ramera sofisticada; el padre Alfredo que con su facha de play—boy no deja de ruborizarse cuando la sorprende arrodillada frente al Cristo de madera. Y su escote es la perfecta insinuación de una muchacha de 18 años.

Pero ella es diferente, nadie puede creer en aquellos cincuenta años que un día le arrojaron como una estocada en un salón de belleza para que después todo el vecindario se enterara de su exacta antigüedad. La Matty, experta en chismografía no tardó en divulgar aquel secreto tan bien guardado por la señorita Susana, él que pronto se convirtió en tema de análisis en cuanta reunión social se

realizara en el tradicional Café de la Liga de los Estudiantes Pobres, donde cada asistente analizaba en detalle la vida de esta misteriosa mujer, la que un día llegó al barrio a ocupar una vieja casona sin más presentación que sus vestidos transparentes, donde se dice que se desplazaba por sus habitaciones con ropa íntima, como aquellas extravagantes actrices de Hollywood que nadie ya recuerda.

Y quizás no tenga cincuenta años, ni haya vivido en París en la rue Víctor Hugo, posando desnuda para un fotógrafo de revistas pornográficas, como lo aseguraba el más ilustrado en este tipo de materias. Pero su atractivo se torna peligroso cada vez que luce aquellos escotes que son el suspiradero colectivo de los Martínez, de los Astaburagas y el viejo don José que no pierde oportunidad de ofrecer sus servicios de jardinero, aunque sea para recoger las últimas hojas del otoño pasado y así observarla ligera de ropas, cantando algunas canciones de Frank Sinatra, las que mi también me recuerdan esos largometrajes que exhiben en la tele los domingos de lluvia y que todos en casa nos refugiábamos en el viejo salón, devorando cajas de chocolate, vainilla con leche, pasteles que saben a manzanas y uno que otro vaso de menta o anís que hurtábamos de la escuálida licorera, donde por montones las botellas vacías aún exhalan un aroma de cálidos matices.

Y luego el sueño nos aniquilaba en el tercer cuarto de hora, justo cuando el antipático del Sinatra se le ocurría exhibirse desnudo en la alcoba con aquella rubia de exuberantes pechos, que a ratos me recuerda a la señorita Susana. Y yo deseando ser el amante de todas las rubias.

La abuela que nos observaba a hurtadillas, a través de la galería, no podía disimular el estupor que le producía mi morbo deseosa mirada por los desnudos. Ella siempre creyó que esto era una enfermedad genética, algo que quizás había heredado de mi padre, un hombre adicto al sexo y a la bohemia.

Por la noche después de la cena, venía el silencio que nos prohibía el diálogo, la abuela parecía no estar contenta con mi conducta, reprobaba ese tipo de espectáculos, los que consideraba no aptos para niños de colegio católico.

Mi memoria no tarda en regresar al sitio exacto de su cuerpo, allí donde el reflejo de su mirada cada día ocupa más espacio en mis bolsillos, en mi pieza que se inunda de sueños inconclusos, de ilusiones mezquinas que heredé de mis inicios, de estas paredes que no saben otra cosa que reprocharme siempre, confabulando con mi destino que me dieron con el bautismo, con noches embriagadas de ironía que emborrachan de pasado y delatan mi triste andar por esta selva aterciopelada.

Y en este divagar por el jardín, el pequeño patio de baldosas azules-rojas, me pierdo entre el miedo y las posibles insinuaciones que en cada momento elaboró mentalmente y que la tía Remigia no se como siempre los adivina. Ella es una anciana habitué de la misas de los domingos al mediodía y no pierde oportunidad de ver la paja en el ojo ajeno, regañando y reprochando los caprichos de la señorita Susana, a la que califica de diva. A tía Remigia le extraña la convicción de su fanática soltería, la que más bien huele a virgen frustrada. Pero ella insiste que a la tal señorita Susana solo le interesan

los franceses, en especial los pintores del Louvre, los extravagantes poetas que dejó en cada rincón del Sena como poemas inconclusos, y que hoy trata de revivir en las ocultas dimensiones de su cuarto, a la hora del maquillaje, después de las últimas telenovelas y las revistas de modas en las cuales sueña aparecer algún día.

Los jueves parecen incrustarse en medio de la noche, la que se dilata perezosa, conduciéndome al inicio de otras historias, a una mañana que empieza con dificultad cuando le explico por el teléfono al ogro de mi jefe, dueño de una agencia de polla—gol de Avda. Matta donde suelo ganarme la vida, que no podré concurrir al trabajo por que nuevamente el insomnio se ha instalado en mi mente. Luego de recorrer mi pequeña habitación en diferentes direcciones me quedo pegado a la ventana de la cocina. Largos intervalos de impaciencia empavonan de confidencias el sucio vidrio que apenas me permite diferenciar la otra orilla de la calle.

La obsesión gana terreno sin darme cuenta, me invade de otros insomnios, me convierte en un espía consuetudinario, sintiendo esas terribles ganas de convertirme en un Ícaro y llegar hasta su jardín y esconderme entre los helechos para fotografiar con mi mente cada centímetro de su cuerpo, él que no creo que soporte todos los comentarios sexuales que la Matty y sus damas de morado, aseguraron en la fiesta de los oficiales en retiro, cuando la hija del general contrajo nupcias con el señor de la financiera y todos se escandalizaron de la Marcelita que tenía cinco meses de embarazo y ni siquiera intento disimularlos.

Ahora es sábado y se anuncia lluvia en todo el territorio de

la república y la gente como de costumbre va al mercado, sin antes observar el reloj que se ubica en una iglesia cercana, él que reparte lánguido últimos minutos, mientras la señorita Susana se encamina hacia los salones de las —viejas pitucas— de “Provi” y regresa con el atardecer vestida de lola, peinada como las modelos de la revista Vanidades, posando sensualmente en cada esquina con su mirada perdida, haciéndome recordar a la Greta Garbo, y después concluir con su mayor equívoco: refugiarse en este barrio donde nadie deja de bucear en su pasado, en sus trajes parisinos pasados de moda.

Fue para cuando el púdico padre Alfredo cumplió 10 años de vida sacerdotal, que los del barrio nos reunimos en la casa parroquial a la hora de la cena. La sorpresa la dio la Matty cuando intentó entre susurros coordinar un par de frases coherentes que luego la hicieron sonrojarse de los pies a la nuca, no pudiendo disimular su envidia ante la imponente presencia de la señorita Susana, la que había llegado sin que nadie la invitara.

La Matty y sus amigas silenciaron sus labios, miraron hacia el techo y en un acto de supina crueldad programada, desparramaron copas, escondieron la torta de cumpleaños y se refugiaron en el otro sector de la parroquia con las bandejas de canapés y pastelillos, los que había preparado la viuda del capitán Salinas, la que no lo hacía nada de mal cuando intentaba imitar a la señorita Susana.

La hora de los desencuentros apresuraba cualquier inicio, por insignificante que este fuera. Por instantes el padre Alfredo de aparente tranquilidad, dialogó con las señoras, interponiendo en su mensaje algunas enseñanzas del evangelio, evocando con cierta

susplicacia el manual de Carreño, incluyendo en su insulso comentario dudosas actitudes de la Matty para que todas supieran que había llegado el momento de perdonar y ser perdonados. Pero la señorita Susana dejaba adivinar en su mirada, la belleza de su cuerpo, el maldito aire enloquecedor que genera y se apodera de mi cuerpo, ingresando todos los poros de mi piel y que a duras penas mi cerebro se esfuerza por mantenerme tranquilo y controlar mis hormonas.

Pero su aliento me dijo otra cosa, nunca antes había estado tan cerca de mi como para encenderle un cigarrillo y rozar con mi mano la suya, su vestido de terciopelo, oler toda la fragancia de su perfume como la melodía aquella de Leo Marini que se escapaba del viejo tocadisco R.C.A.

Después de haber recorrido de memoria y en penumbras, las calles del boulevard Francois Villon que la señorita Susana podía identificar con facilidad —me habló de aquel tiempo vivido cerca de los Campos Elíseos y de su último año trabajando en las tiendas de Pierre Cardin-- para luego concluir en una agencia de modelos en el Central Park, cerca de la Quinta Avenida. Ahí, transcurrieron sus últimos años de farándula con los típicos noctámbulos de New York y ese doble o triple de Frak Sinatra que cantaba por cinco dólares la hora en un bar de Manhattan.

Mientras ella a mi lado con su acento algo yanqui y mitad francés, en mi boca un alfabeto de golondrinas y mariposas, palabras que había venido preparando para este encuentro con la exacta pronunciación de cada verso que duele en las cuerdas vocales, en mis noches de insomnio con cigarrillos baratos, mis sueños que se estrellan

contra el muro de la cotidiana realidad.

Habíamos cruzado los viejos edificios de la caja de empleados públicos, desembocando a un costado del puente Manuel Rodríguez, donde pequeñas lucesillas clandestinas, insinuaban las instalaciones de un circo pobre y la fría mañana que invitaba a refugiarse entre tibias sabanas. Mis deseos de besarla se multiplicaron, ya no resisten todo el peso de la atmósfera, los dedos que enloquecen por tomar su cabello, apagando así el lento estallido de anteriores madrugadas.

La señorita Susana me ha mirado con un silencio, que es distinto al de los jueves, al de los domingos cuando la visita la tía Remigia y sobre los techos deambulo para no perderme escena alguna, tratando de adivinar los gestos que se mueven por el jardín.

Pero la calle aún se prolonga más allá de cualquier abismo, de las malvas y helechos, de baldosas que ya no tienen el mismo color y entonces lucho con la distancia para que el tiempo no sea exacto en los relojes de nuestro tiempo, él que comienza a tener vigencia.

La señorita Susana me ha besado, asesinando al francotirador que se esconde detrás de los vidrios, al espía que cada tarde la confiesa en un monólogo secreto.

## “PEQUENAS PIRAMIDES DE FELICIDAD”

Estaba triste y palidecía cada vez que intentaba apoderarme de su cuerpo suave y per fumado con esas ganas locas que se me producían todos los viernes al atardecer cuando la telefonaba y me quedaba esa extraña sensación de ir juntando las horas de trabajo que me quedaban y dejarlas para un día que no existiera en el calen darlo y correr a su encuentro en una esquina de la Plaza de Armas, reuniendo las pocas monedas que se escondían en mis bolsillos.

Pero yo la amaba, no sé si a ella o a su cuerpo que zizagueaba en mi mente cada vez que recorrí a las tiendas de Providencia y veía todo ese montón de ropa interior con que vestían a los maniqués y soñaba largamente con un número premiado de la Lotería, un bungalow en el barrio alto y el último modelo del Ford Mustang facturado a mi nombre y cajas y más cajas de prendas íntimas importadas para que así no estuvieras cada noche secando con la plancha tus mini-calzoncitos color vergüenza.

Pero mis ilusiones se diluían con tus palabras que me mojaban de una extraña displicencia y luego como las sombras nos amontonábamos en silencio, recordando que hoy era el día de tu cumpleaños y que los primeros rictus de vejez que asomaban en tu rostro, eran vivencias del pasado que tu tratabas de amarrar a mis manos, impregnándome de una desenfadada pasión que brotaba a borbotones de mi cuerpo, de las noches que juntos pasamos en hoteles

del barrio—estación, construyendo pequeñas pirámides de felicidad, saboreando el delicado aroma de unos tarros de cerveza, robándonos pequeñas chupadas a un cigarro americano que guardaba del miércoles pasado, de esos que mi patrón por montones dejaba olvidados en los ceniceros del salón y que yo con tanto cuidado vigilaba para que nadie los fuera a botar al cesto de los papeles.

A menudo hablábamos casi hasta el amanecer de lo que serían nuestros hijos cuando fueran al colegio, de lo que tendríamos que ir ahorrando en el banco cada vez para tener lo suficiente y darles una buena educación.

Y entre preguntas y respuestas inconclusas me olvidaba de que tu nombre era Maggy y me pasaba toda la noche difariando con la Marta, que fué la última niñera que tuvo don Claudio y que por más empeño que le hice nunca acepto ni siquiera que la invitara al cine.

Por la mañana nos despertábamos tristes con deseos de comer una porción de pizzas calentitas, de esas que vendían en Catedral, abajo, prometiéndote que nunca más volvería a transgredir tu nombre, ni insinuarte que tuviéramos chiquillos que mandar al colegio porque eso era cosa de ricas. Y a medida que el sol se encarama-ha por la ventana, nos llenábamos del primer smog que venía de la panamericana norte trayéndonos el ruido vertical de los bases que llegaban con la distancia y tú como cada mañana iniciabas el largo rito de zafarte de las sábanas, primero cogiendo el espejo que te costaba rescatar de entre todo ese montón de objetos que portabas en tu cartera, para luego examinar tu rostro e ir llenando los huecos con una

gruesa capa de maquillaje.

Y yo como ya era una costumbre iniciaba mi vagabundeo por las últimas hojas del calendario tratando de adivinar tu fecha de nacimiento que cada vez la veía más lejana, para luego concluir que los años se te habían ido a depositar más allá de las nalgas, las que tratabas de mantener erguidas con un grueso calzón de tirantes. Y entre anhelos y sueños mal paridos me olvidaba de mis pies hinchados, de mis manos olor a musgo más allá de mis uñas, del maldito otoño que se ensañaba contra el jardín, bombardeándolo con toneladas de hojas y del terno gris a rayas azules de solapas angostas que no sé que sastre asesino de la moda se atrevió a confeccionar, con unos bolsillos que me recordaban los pantalones del abuelo y que me regalara don Claudio, el hijo de mi patrón para cuando cumplí diez años como jardinero y cinco como su hombre de confianza al cuidado de su esposa, que no perdía ocasión de engañarlo con el jovencito ese de la raqueta de tenis que pasaba todas las tardes a buscarla en autos prestados.

Y todo eso debía aceptarlo porque don Claudio un día me invité a tomar whisky y entre medio curado, tomándome del hombro me dijo que yo era hombre honrado que me había sabido ganar su aprecio y que de aquí para adelante tu— viera la seguridad que nunca me iba a hacer falta el trabajo”.

Y todo te lo contaba para que no creyeras que era un rufián cualquiera, como lo creíste la noche aquella que aún la llevo envuelta en mis ojos con todos los instantes previos a que te conociera en esa boite de la calle San Diego y te dijera con voz aterciopelada que

te recordaban los boleros de Lucho Gatica, que me había enamorado de tu pelo —igualito al aviso de la televisión y que a ti tanta risa te causaba—.

Recuerdo que me decías que eran cosas de curado que le gustaba dárselas de poeta construyendo raras metáforas que iba hilvanando con canciones de moda y que luego anotaba en ese laberinto de direcciones y teléfonos, donde el famoso Peter tenía toda una página reservada para él, con el cual te venías engolosinando desde hacía rato, tatuándote su rostro en el cerebro, en los huesos y contándole a todos los de la boite que te casarías con él para Mayo aunque no lo quisieras.

Y nuevamente el maldito otoño me torturaba con sus silencios dementes, cubriendo de hojas huérfanas la calle de la población, el pequeño patio que era mi puerta de escape para no sentir la presencia de tu perfume extranjero la noche aquella que me traje tu pañuelo confundido en el bolsillo de mi chaqueta.

Pero el viento ya asediaba mi ventana introduciéndose por el vidrio roto que fué una de las tantas locuras que te gustaba hacer con los vasos llenos de pisco, hasta hacerme sentir un iluso, entusiasmado con un juguete pasajero que en cualquiera calle encuentra un dueño. Alargué mi mano hasta la fotografía aquella.

— ¿Recuerdas? —

La que un día nos tomamos en el Cerro San Cristobal

cerca del funicular que a ti tanto miedo te daba. Porque la otra que te sacaron desnuda se la llevó el periodista de espectáculos revisteriles para publicarla en la primera página del Veá.

Y yo pensaba que te habías olvidado del hobby de posar desnuda por unos pocos pesos, creyendo en tus palabras, las que con lágrimas en los ojos me dijiste aquella noche cuando te llevé a cenar a la casa de mi patrón y te presentara como mi novia a muy corto plazo. Y ahora qué le voy a decir a don Claudio cuando me pregunte para cuando es la fecha de la boda. El, que me prometió que me regalaría un traje azul con chaleco de esos que están a la moda, para que no fuera a hacer el ridículo con ese terno marengo que con solo verlo se arruga todo entero.

Y así tanto te admirabas de su esposa que lo engañaba con el play—boy de las raquetas y no podías concebir que siendo don Claudio un marido ejemplar tuviera tan mala suerte en su matrimonio. Pero el famoso Peter no lo hacía nada de mal con las viejas lolas del barrio alto, quienes le pagaban con auto y departamento en Provi sus presentaciones en desnudo. Y luego en la boite se daba ínfulas de empresario girando cheques hasta por una cajetilla de cigarros, jactándose ser el supermacho número uno de la ciudad.

Era domingo y había comenzado a llover, las hojas del Parque habían amanecido todas marchitas, como un montón de mugre sin ruido, sin ese fino hálito de ternura que los niños les dan en sus manos cada atardecer cuando las cogen y edifican la alegría de los primeros ancianos que toman el irreversible camino de la vida.

Nadie vino esa tarde. El día comenzó a dar vueltas invirtiendo las luces del semáforo a desviar las pequeñas nubes de basura que escapaban por los incineradores más allá de los techos, quién sabe adonde. Y la lluvia haciendo pequeños círculos suicidas en medio de la calle. Y nuevamente me quedé frente a la ventana con los últimos movimientos antes de salir, ordenando con meticulosidad las sombras que luchaban por quedarse el maldito perfume que yacía incrustado en todos los rincones y tu imagen en la fotografía resbalando por mis ojos, por las manchas de pizzas en mi chaleco que hoy me recuerdan ese viernes que por más que trato de olvidar se ha inmortalizado en el calendario.

## UN VERANO DESPUES DEL MEDIODÍA

Subió los peldaños de la escalerilla, imaginando el acostumbrado saludo de los lunes por la mañana con formando con los dientes gusto a dentífrico la mejor sonrisa para un día que se mejor nublado. Merodeó hacia la playa en una actitud inspectiva, detectando la llegada de los primeros veraneantes. Traspasó rápido el umbral frotándose las manos, corrigiendo la posición del nudo de la corbata, simulando con alfileres la falta de botones en los puños de la descolorida camisa taiwanesa.

Vaciló frente al viejo reloj de péndulo y en un rito acostumbrado acechó el libro de firmas registrándose como era lo usual después de la hora de entrada.

— “ Hoy quizás no habrá sol —dijo— con un tono despectivo, para que lo escuchara; el viejo telegrafista, la señora Meneses que acababa de franquear las primeras cartas de la mañana, la secretaria que apresuraba en los labios un sensual rouge anaranjado.

Intentó no extender sus brazos más allá de los estantes, de los vacíos anaqueles, de la taza destinada al café que yacía en un rincón con colillas de cigarros de la semana anterior, del casillero de la correspondencia nacional por temor a la vergüenza de los ausentes botones.

Concluyó lentamente la revisión de la última venta de estampillas. Las encomiendas en los pasillos y sobre los nuevos muebles metálicos lo hacían perder la paciencia. No podía aceptar que

la estética que se mantenía con dificultad en los restantes meses del año se transara con la llegada del verano. El antiguo escritorio con números romanos en los costados, cubierta de cristal y tinteros en desuso, apenas distante de la ventana, le permitían conocer casi de memoria el cotidiano deambular de los viejos pescadores que regresaban de alta mar. Todo parecía concluir y pertenecer al inventario del tiempo, de las semanas, y de los minutos que se sucedían la misma monotonía de siempre

Con la llegada del mediodía decidió revisar el casillero 46, detectando que la única carta sobrante traía un par de sellos extranjeros y un nombre en francés que demoró en identificar. Ante la incapacidad de traducir correctamente el remitente, prefirió permanecer en la caseta de atención al público hojeando con desgano una vieja revista de la Dirección Postal Telegráfica. Contra sus equivocados pronósticos de meteorólogo fracasado, en los que nadie ya creía, el sol sorpresivamente rompió por el oriente en un acto de suprema locura. El malecón más allá del aparcamiento de automóviles comenzó a inundarse de pequeños veleros que danzaban frenéticos tras el espeso roquerío que separaba la costanera de la primera calle asfaltada.

— “ ¿Tendremos playa —inquirió- sorprendiendo se de haberlo dicho en voz alta. La secretaria dejó de tipear los primeros oficios, se recostó suavemente con la cabeza apoyada en los estantes, mostrando sus torneadas piernas morenas, el inicio de los senos que dejaba traslucir en una bata llena de optimismo. La contempló nostálgico con deseos de que le perteneciera, por una vez, y sin mayores preámbulos sentimentales. De el tiempo que llevaban trabajando juntos, nunca antes había imaginado su boca en la de ella

para saber como huele el rouge puesto en los labios y no dudó en autocalificarse de “idiota consuetudinario” tratando con sus manos de desenredar el enmarañado cabello poblado de pinches y trabas y una siesta por casualidad en la playa para el domingo venidero lejos del jefe, del mal aliento de don Armando mezcla de vino barato y cebollas en vinagre, del bullicio que comenzaba a adueñarse del balneario, destrozando el intacto equilibrio ecológico, la quietud de las gaviotas en sus vuelos matinales.

Mientras avanzaba la tarde en los relojes, el tedio tomaba posesión de los objetos, confabulaba cobardemente con el escaso dinero que llevaba en sus bolsillos, con citas clandestinas que “imaginaba en hoteles imposibles, con champagne en vasos de nácar, para luego amanecer en cualquier aeropuerto de la Costa Azul con la rubia aquella de los desodorantes íntimos con una personalidad distinta a la de todos los funcionarios Pero detuvo la imaginación y nuevamente pensó en la única carta rezagada. El enigma sin domicilio conocido se constituyó en un extraño motivo de preocupación. Intentó recordar la tinta verde del remitente, la buena caligrafía en el abultado sobre aéreo, la que trató de copiar percatándose que nunca lo lograría.

Estuvo hasta la hora de salida, desquiciando el poco tiempo libre en controvertidos monólogos que terminaron como de costumbre por fastidiarlo. Trasladó la inquietud para las primeras horas del día siguiente, tratando de no olvidar nada, fijando en el cerebro las escenas de la tarde anterior.

La mañana se inició con las últimas conversaciones de la polla-gol, nadie se atrevía a marcar una doble en el partido número

cuatro, pese a que el jefe había decidido aumentar sustancialmente el valor de las apuestas. Pero la secretaria insistía en aquella falacia — “equipo que cambia de entrenador gana”— y lo manifestaba con la displicencia de los mejores comentaristas deportivos. Contra los desafortunados prcn5sticcs que no subían más allá de los siete puntos ella se refugiaba la lógica, en la idea patética que acertar los trece puntos era lo mismo que encontrar tiburones asoleándose en la playa.

Esperó paciente la llegada de la valija con tu cigarro que no dejaba de mover entre sus labios en señal de impaciencia, y se entretuvo luego contando los días inútiles en el calendario. Le asustaba la llegada de diciembre. Sabía que Mónica insistiría en el vestido de muselina azul, en juguetes electrónicos para los niños porque los de madera resultaban pasados de moda, e indignos para dos ejemplares muchachos que habían obtenido las mejores calificaciones en el colegio. Y después de todo estaba consciente que en el pedir hay engaño porque la escuálida bonificación apenas alcanzaría para renovar la suela de sus viejos zapatos de charol, y que su conformidad residía en un buen trozo de pan de pascua hecho en casa y una botella de vino envuelta en celofán, que bebería a la salud de viejos piratas y corsarios que surcaban en sus recuerdos las mejores aventuras de Salgari.

Tras meditar detenidamente en los días marcados de rojo y en las fechas de cumpleaños, le quedaba m extraño sinsabor estrangulándole el aliento, distorsionándole la mirada, la sensación aquella mil veces repetida en todas las puertas, al amanecer y en el continuo puntapié contra la miseria. Pero lograba tras un largo esfuerzo dejar en el pasado la siutiquería de su esposa que aún m alcanzaba a entender que los vestidos de muselina no se habían hecho

para ella. Sentía a ratos que la insensibilidad se apoderaba de todo el planeta, y que nadie hacía nada por contenerla, incluso hasta en su propia existencia había clavado banderas, y era ahí cuando le daba por filosofar y recordarse de Sartre y de sus años de estudiante en el Instituto Nacional, y a veces le quedaba esa terrible incógnita sino era un mero capricho el tratar de entender al mundo y su problemática.

Pero le reconfortaba la idea de que la felicidad no estaba en la opulencia, ni en la superchería del Regines ni en las revistas de modas. Y como una película interminable desfilaban por su cerebro las imágenes de los miles de turistas que venían a depositar su cuerpo bajo los rayos del sol. Entonces era cuando deseaba ser como el más humilde de los pescadores e internarse hacia el infinito del océano para sepultar definitivamente el lenguaje ampuloso de los economistas, los avisos comerciales en la televisión.

Había cavilado hasta sentir un pequeño malestar en su cerebro, cuando escuchó a sus espaldas una voz distinta a la de todas las existentes en el balneario. Giró violentamente pasado a llevar sillas y escritorios, y detuvo los ojos en medio de los de aquella mujer que daba un ligero e insinuante toque femenino a su desordenado cabello. La saludó con una cortesía casi inusual, la que provocó el desconcierto en la secretaria que no pudo disimular su asombro. Luego se quedó mirándola en una actitud, más bien inspectiva, en la que no dejó de lado los glúteos que se dibujaban en un apretado pantalón de cotelé rosado.

Abordó con excesivo interés el posible diálogo, cuidando de sobremanera sus modales, no olvidando que las normas

de urbanidad juegan un papel primordial en los afanes expansionistas, la pronunciación exacta de las palabras. Contra su precaria francés que estuvo a punto de dejarlo mal parado, prefirió aspirar en forma generosa, casi grosera el alucinante perfume que de ella emanaba, y que a ratos más bien se parecía a una muñeca extraída de alguna tienda europea. Pero no estuvo en sí evitar la alegría que se trazó en el rostro cuando sus manos rozaron levemente las de Nicole en señal de despedida.

La secretaria que lo observaba a través de la ventanilla no se perdió detalle alguno de la conversación, y sin poder contener el aparente malestar lo increpó:

— “Te creí por momentos que no eras de aquellos que se vuelven locos por las mujeres sofisticadas, concluyó a la vez que apagaba un cigarrillo contra el piso” —.

Sintió que el rostro paulatinamente tomaba un color distinto al habitual, pero a diferencia de otras ocasiones prefirió esta vez quedarse callado, cerciorándose lentamente de lo acontecido con la vista pegada en el casillero 46. Una pequeña corriente de ambigua humedad se posesionó de sus gestos, transformándolo en una mezcla de galán de cine postergado y bailarín de tangos imaginarios en un arrabal bonaerense. Trascendió que desde su interior ya no se escuchaba aquella voz insistente que lo invitaba a detestar el escaso salario, al cual estaba habituado a proferir todo tipo de insultos.

El domingo después de su habitual paseo por la costanera, divisó a Nicole cerca del embarcadero, fotografiando la

llegada de la primera regata. Tuvo en principio la intención de acercarse empleando cualquier artimaña, pero una ligera indecisión lo obligó a permanecer o— culto. Estuvo espiándola todo el tiempo necesario hasta verla desaparecer por detrás de la pequeña iglesia, despertando con su elegante caminar la curiosidad de los viejas pescadores que a esa hora preparaban sus espineles. La brisa solía jugarle alguna que otra mala pasada, levantándole el vestido algunos centímetros, dejando adivinar la piel totalmente blanca, las piernas largas y suaves, el sol que comenzaba a estacionarse entre la espuma salobre de las orillas.

Contra su voluntad que era la de permanecer inmóvil tardes enteras frente al televisor, para incinerar junto a una vieja película policial el tiempo homicida, esta vez en su cerebro se conjugó una especie de masoquismo deliberado, haciéndolo sentirse distinto al de otros días. Y sin vacilar se abocó a la búsqueda de viejos libros y prometió estudiar como en sus mejores años de colegio todos los minutos posibles, incluso los domingos, pero esta vez estaba seguro que no desertaría.

Mónica, que no perdía oportunidad de regañarlo por haber abandonado sin causa alguna su carrera de ingeniería, notó en él un inusitado optimismo. Ya no discutía como otras veces por el alza del gas, del alquiler, de las cuotas en el colegio, ni tampoco le preocupaba mayormente la política económica, ni los posibles reajustes que siempre se tornaban en simples promesas.

Aquella mañana de sábado no pudo disimular, el interés que le concitaban las damas con aires sofisticados, a pesar que las detestaba sin razón alguna valedera. Ahora no perdía ocasión de

examinarlas minuciosamente, llegando a la osadía de piroppearlas con frases rimbombantes.

En vano aquella tarde encaminé sus pasos repetidas veces hacia el malecón, merodeando cerca de las aguas con una vieja caña de pescar. Deseaba ver a Nicole con insistencia. Había transcurrido casi una semana y la emoción aquella de conocerla no lograba disolverse en su mente. Recordó la carta abandonada en el casillero 46, y no pudo disimular esa especie de celo irrenunciable, que también le recordaba su noviazgo con Mónica en la plaza Brasil a la hora de los cines. Y nuevamente aquél sujeto que se firmaba como Pierre, le enviaba postales y extensas esquelas pero esta vez escritas con tinta azul. Por momentos le adueño el deseo incontenible de guardarse las restantes cartas, pero recordó las malditas normas de ética que no podía vulnerar, estaba de por medio el prestigio de la oficina y consciente quizás de lo poco y nada que entendería de todo aquello.

Los lunes se iniciaban con tristezas altamente peligrosas, para el paladar, para los ojos que deseaban colgarse de un par de gafas color fantasía y volar como los pelícanos en el mástil de algún barco griego y no saber de nadie ni del hombrecito aquél que no dejaba de vocear los diarios interrumpiendo el transcurso de la mañana. A veces lo abatía el continuo remordimiento, y entonces la ira le daba fuerzas para odiar a todos aquellos que invadían el balneario con motos, coches último modelo que ya comenzaban por molestarlo.

Aquella mañana, más temprano que de costumbre, inició su trabajo. Primero empapo el matasellos con

abundante tinta negra y luego dejó deslizar ambas manos en procura de acortar la faena. A medida que inutilizaba las estampillas, sintió como su habilidad lo sorprendía sin darse mayor cuenta de ello.

— “¿Tendremos quizás más veraneantes que el año pasado? — añadió— interrumpiendo el silencio que hasta ese momento se veía perturbado por el ruido de una mariposa contra el vidrio, y luego agregó con tono indiferente — “las cartas de lista de la semana anterior fueron entregadas, para después quedarse inmerso en la ventana de barrotes salobres por la brisa de la madrugada, la que ejercía en sus ojos una extraña fascinación, como la infinidad de quitasoles y toallas diseminadas por la arena que dibujaban a lo lejos un campamento en miniatura.

La obsesión que antes le causaba la escasez de botones en los puños, esta vez no le hizo sentir aquella vergüenza desmedida. Aflojó lentamente el nudo de la corbata y abandonó el vestón lejos de su alcance, preparándose a retener en sus pulmones todo el aire que nacía de entre los olivos. El teléfono oculto bajo los estantes como un ser miserable emitía ruidos prolongados que semejaban un sistema de alarma contra robos. Una que otra llamada durante el mes recordaba su innecesaria existencia.

Desde el otro lado de la oficina, se dejaba adivinar el Malecón, que pausado se iba saturando de gente joven y vieja que iniciaba su tarde junto al océano. Se detuvo algunos minutos deseando descubrir la presencia de Nicole, y un misterioso llamado le ordenó abandonar repentinamente el archivo, las últimas cartas que decidió encasillar al día siguiente. Se había propuesto insinuarle un

paseo lejos de la costanera, donde Mónica no pudiera sorprenderlo. Planeó de mil maneras distintas el posible encuentro. Llevaría bajo el brazo un libro de Víctor Hugo, solicitándole la traducción de algunos párrafos que simularía no entender. Pero tan pronto como dejaba establecida su irrenunciable estrategia, un calor sofocante que se desprendía de su frente se iba a depositar en sus manos, convirtiéndose en la señal exacta de la traición. Le sobrevinía un miedo, un cansancio al borde de dejarlo exhausto, haciéndolo creer un iluso, un fantoche obsesionado que trataba con malas lides conquistar el corazón de una princesa parisina.

En vano se constituyó todo el esfuerzo desplegado aquella tarde por encontrarla. Inspeccionó detenidamente cuanta mujer creía parecida. Recordó haberla visto en la terraza del hotel y no trepidó en subir las escalinatas y buscarla entre la gente linda que ya comenzaba a cambiarse de traje para esperar la llegada de la noche. Vagó sonámbulo por los pasillos adentrándose instintivamente en el ruido de los vasos, de los cubiertos que estrepitosamente chocaban contra los platos en señal de gente satisfecha, y decidió entonces inspeccionar la planta baja, el bar que se situaba cerca de la terraza, y como un autómatas deambuló por entre las mesas vacías hasta detectar a Nicole que en esos momentos concluía por sellar un voluminoso sobre, el que le hizo recordar las cartas que le enviaba el exquisito de Pierre.

No pudo evitar contemplarla con el mismo nerviosismo de aquella mañana en la oficina de correos, y no vaciló en aproximarse a ella con la intención de encenderle un cigarrillo, adelantándose al barman que no pudo disimular su enojo. Sus manos

rozaron levemente las de Nicole, las que ni siquiera se inmutaron ante su rostro deseoso de una sonrisa. Se quedó observándola nostálgico, tratando de fotografiar cada uno de sus gestos para tener algo que recordar cuando llegara el invierno, y sintió que su cuerpo nueva mente era invadido por un calor asfixiante que esta vez no pudo contener.

Abandonó el bar atravesando la terraza, y giró violentamente en sentido contrario, encaminando sus pasos hacia las escalinatas y no trepidó en hurguetear el libro de registro, y estuvo durante varios minutos imbuido en cada nombre hasta descubrir el de ella. No pudo disimular la tristeza cuando el recepcionista le informó que ésta era la última noche que se hospedaba en el hotel la señorita Nicole, y estuvo al borde de pedirle al conserje que lo dejara volver mañana para conocer aquella habitación, imaginando encontrar en algún rincón de los closets una dirección donde pudiera escribirle o un objeto en desuso que siguiera hablando de ella como un recuerdo de aquél verano.

Afuera todo estaba en el lugar de costumbre, los botes orillando con cierta timidez el acantilado, el viejo malecón desprovisto de poesía alguna, atestado de muchachos que bailaban largas horas al compás de los Bee—Gees. Más allá se situaba la oficina y en su interior las murallas que no se atrevían a guardar silencio. Y al final la playa que proseguía.

Eran ya las siete y su cuerpo instintivamente le reclamó la corbata, el vestón pasado de moda y sus gruesos anteojos para la miopía que se habían quedado sobre el escritorio. Recorrió el mismo camino que horas antes lo llevó hacia el hotel, pero ahora ya no

le interesaba aprender nuevas palabras en francés. En un acto de rebeldía no vaciló en arrojar a Víctor Hugo contra las rocas y liberarse de “Los Miserables y de Nicole que ya no volverían a perturbar sus sueños.

## **KAKO TAMBIEN ERA UN NIÑO**

Kako había descubierto desde la ventana del segundo piso que la ciudad no terminaba al otro lado del viejo parque municipal de las Amapolas, como su abuela y la tía Margarita se lo repetían cada vez que intentaba averiguarlo. Presentía que atravesando la costanera, saliendo hacia el oriente por detrás de la pequeña iglesia, llegaría a las primeras calles del campamento, donde se escuchaban los gritos de niños cuando llegaban los domingos y se desbordaban por las laderas del cerro elevando volantines, cometas que el viento arrastraba hasta el parque, enredándolos entre los eucaliptos, las líneas de alta tensión que se vestían de rojo, marrón con franjas negras y amarillas, extraños dibujos de halcones que nunca volverían a deslizarse por el cielo.

La noche comenzaba despacio, asomándose en la orilla de los cerros, acallando con rumores la permanente nostalgia y después el murmullo de la abuela en el teléfono incinerando sus últimas horas. La calle poblándose de pequeñas lucecillas, el mercado dejando traslucir los primeros hedores, el gemido de la acordeón que repetía las mismas melodías, las que la abuela no toleraba, molestándola de sobremanera, haciéndola perder la paciencia.

“Otra vez esos hombres del campamento, siempre la misma cosa, no sé hasta cuando tendré que oírlos”

Y después de girar de un lado para otro, siempre en busca de sus anteojos que nunca recordaba el lugar exacto, ni la noche anterior donde los había dejado, se recostaba en el viejo sillón,

símbolo de una decadente tradición de hermanas que se dejaban caer para cuando llegaba la pascua y todos en casa se revolucionaban con los objetos escondidos en papeles de color.

A menudo hojeaba el diario de la tarde, deteniéndose por las intervalos en la lectura de los avisos económicos para concluir con la página de los horóscopos.

Anny, la niñera que estaba al cuidado de Kako, observó aquella tarde que se había pasado casi cuatro horas en la ventana, ausente, sin deseos de engullir sus acostumbrados chocolates de almendras, sin siquiera ver sus programas favoritos de monos animados en el nuevo televisor a color. A la hora de la cena la abuela le recriminó su actitud descomedida que manifestaba cada vez que se le preguntaba por algo de la casa.

Pero él no estaba dispuesto a dialogar con nadie, cada vez que lo intentaba los sermones se alargaban por horas y eso de escuchar siempre las mismas sentencias lo comenzaba a fastidiar.

La abuela Dionisia era insistente y esta vez cambió las reglas del juego, ofreciéndole que lo llevaría a fantasilandia, que le compraría la colección completa de los cuentos de Walt—Disney y que ya no lo obligaría a tomar esos tónicos que el médico le había recetado para el apetito, para los huesos y para que creciera, por que los parientes y todo el mundo lo consideraban un raquítico. Y todo lo hacia a cambio que Kako le contara el por qué de su comportamiento tan extraño y enajenante.

Pero él sabía que la abuela jamás aceptaría llevarlo al campamento, quizás ansiaba que llegara el verano y se fuera de viaje al sur, para sobornar a la Anny.

Pero estaba consciente de que no ganaría nada con marcharse, su otra pierna paralizada no le permitía salvar los baches, las alambradas que separaban la costanera del viejo puente, constituyendo el mejor campo de obstáculos. Le costaba acostumbrarse a las nuevas muletas, las sentía pesadas y difíciles de manejar.

Por momentos recordó el accidente que lo tuvo internado un año, los médicos tratando de salvarle la pierna y después aquel viaje a Nueva York con la esperanza de transformarse en un niño normal. Pero todo fue en vano, hoy le quedaba ese sabor amargo que bebía entre gotas de silencio, de importancia para que la abuela, la Anny, su padre y la mujer aquella que se decía ser su tía no se diera cuenta.

Y decidió todas las mañanas después del desayuno realizar pequeñas incursiones por el patio, tratando de no cometer errores, fijándose que para caminar por la ciudad, había que mirar hacia todos lados. La experiencia de los años anteriores eran recuerdos que aún no lograba borrar de sus pupilas, las escenas aquellas de desprecio que sentían al verlo deambular entre ese torpe y desajustado movimiento lo comenzaba a traumatizar.

Creyó por algunos instantes estar de nuevo arrastrándose en el colegio cuando le quitaron los bastones, causando

una sensación de risa colectiva que ni su profesora pudo ocultar.

Pero su padre insistía en enviarlo a la escuela contra los argumentos, las excusas que Kako esgrimía en su defensa. Fué para cuando cumplió años que la Anny, la abuela y la tía Margarita prepararon aquellos pastelillos de fresas que a él le gustaban. Desde muy temprano todos en casa se preocuparon de los detalles, la fiesta sería el mejor éxito del año. Vendrían los niños del vecindario, incluso algunos de sus compañeros de La Salle. Intentarían desistirlo de su caprichosa manera, pero a Kako nada ya parecía interesarle. Sabía que siempre se quedaba solo, que sus amigos no volverían para cuando quisiera enseñarles el manejo de sus mecanos, el tren de cuerdas que le regalara la enfermera aquella tarde en el aeropuerto.

Y fué en vísperas de navidad cuando le confesó a la Anny que lo acompañara a una función de títeres que exhibirían en el parque. Estuvo toda la mañana pendiente del reloj, contando los segundos, ordenando como en un rompe cabezas el tiempo que dispondría para disfrutarlo aquella tarde.

La abuela que no dejaba de formular sus recomendaciones le advirtió a la Anny que no lo dejara jugar con los niños del campamento. Pero Kako estaba decidido a no transar esta vez.

La tarde del sábado había comenzado con calor extravagante, escuchándose a los lejos la misma melodía acompasada. Pero venían hacia la playa que circundaba la costanera, con el rostro lleno de risa, trayendo perros que aumentaban el bullicio. Sintió miedo

al verse rodeado de miles de brazos, de piernas que trepaban por los árboles, por el viejo puente que se pintaba de acrobacias.

La Anny, instintivamente lo protegió contra su pecho, temió en principio cuando aquellos muchachos se acercaron con pelotas de trapo, de plástico que no dejaban de lanzar de un lado para otro.

“No juegas con nosotros le dijeron” —Kako se ruborizó, recordando la última tarde de colegio, al intentar darle un balón y luego resbalar en medio del patio. Pero La Anny fue cediendo con los brazos. Acomodó sus muletas y se echó a correr hasta más allá del canal que lo separaba del campamento.

Por la noche la abuela no pudo disimular su descontento, los cabellos llenos de polvo, los zapatos de un color irreconocible lo delataron. Pero Kako estaba feliz, quizás nunca lo había estado, en su mirada ya no se reflejaba la tristeza cuando llegaba la hora de la cena y su aptitud era la de crearle conflictos a la abuela, devolviéndole los platos sin siquiera haberlos probado.

Pero la música se dejaba oír desde el parque y fue sintiendo una extraña admiración por aquél hombre que cada noche parecía martillar sus penas, incinerar una vieja melodía que aun le era incomprensible.

Cogió a la Anny y juntos subieron el segundo piso. Se quedó largo rato en silencio con la mirada entre el rostro de aquellos muchachos con los cuales aún parecía jugar. La Anny escuchó

como su voz se confundía con el llanto, con la alegría de que mañana no estaría la abuela.

## REQUIEM PARA UN ESCRITOR SOLO

En cada acto de este acostumbrado desvivirme el cerebro se inunda de mugre, de musgo, se me oxida el aliento y vuelvo a intervalos a mi tiempo exacto, contemplando las últimas diapositivas, las Meninas de Velasquez que se cuelgan de mis pupilas entre todo este montón de hojas escritas con lápices de diferentes colores, buscando el acento anónimo, la metáfora introvertida, los signos ocultos para escapar de este em— pantanamiento que me clava agujas de surrealismo.

Faltan solo algunos días para que finalice el plazo de recepción en la Seix—Barral y aún no sé que enviar, si mi primera novela “Una botella degollada por un garzón esquizofrénico” o intentar conseguir nuevamente boletos para un viaje por dentro de mis atrofiadas arterias.

Un millón de pesetas podría ser mi eventual exilio de la fábrica, pero estos españoles como son de puntillosos, seguro que se detendrán en revisar con microscopio los puntos y las comas y como carezco de una buena gramática de la Real Academia, no vacilaran en retornarme mis originales y una hermosa carta que me dejará muy satisfecho de mi interés demostrado.

El calendario, suspendido por un montón de alfileres blancos, abierto en un mes de verano con el sabor de frutas maduras, con sus escasos días marcados de rojo, me inunda de ira y vuelvo nuevamente a inquietarme fumando liberty tras liberty que cada día les encuentro más aroma a tabaco y comienzo a sentir esa rara sensación, la transpiración que humedece mi cuerpo, mis manos, cuando llega la Pascua y todo el mundo cambia de rostro, regalándose por minutos en papeles con trineos y santa claus, con cintas verdes y naranjas en pequeñas cajas perfumadas con tarjetas que se pasarán cambiando de lugar o permután— dose por el alivio de no recordar aquellas vísperas que me saturan de nostalgia.

Me vuelvo a sentar y otra vez el mismo ritual, respiro profundo absorbiendo la porquería de los ceniceros y no logro hilvanar frase alguna que dé el inicio al primer capítulo y recuerdo que por la tarde tendré que visitar las paqueterías de Diez de Julio e intentar venderle al iraní de don Salomón esa partida de ropa usada que importara el chicagoboy del gerente y que nadie hoy desea recibir ni siquiera de regalo.

Y a cada instante se repite en mi cerebro aquél video que me tortura por las exiguas ventas y don Julio no hace otra cosa que re— tarme, enfurecerse porque la

fábrica ya no puede pagar las imposiciones, la negociación colectiva que fue un rotundo fracaso, los de la Inspección del Trabajo que ya lo tienen al borde de la historia con tantas cartas y telefonazos y que nosotros no hacemos nada por sacarlo de la quiebra.

El Metro me sumerge en sus vice— ras luminosas, la estación moneda con sus acrílicos, sus vagones celestes me hacen sentirme en París un poco, en Santiago de Chile a la hora de la gimnasia bancaria y después voy palpando la indiferencia de toda la gente que deambula y sue— ña con dejar este calor de diciembre que se aprieta contra las baldosas de todas las plazas, dejando sus huellas en los cines, en los andenes en la tristeza que genera el smog en las esquinas.

Mi archivador se confunde de facturas, de letras de cambio, de cheques impagos, se asusta de los días treinta, se confunde a la hora de la espera...

— ¡Pero qué importa! —Dentro de algún tiempo se hablara de mí en el A.B.C., de Madrid y talvez el director de la Paramount Picture se interese por llevar mi novela al cine y entonces viviré comodamente con el millón de pesetas que los del jurado me enviarán traducidos a dólares y sabrá don Julio de una vez por todas que los escritores no somos ese grupo de estúpidos que nos gusta incinerar el tiempo de noche.

Pero se acabó la alucinante divagación por los premios, a partir de este minuto tendré que ponerme mi mejor máscara de ejecutivo y extraer de algún rincón de mi garganta mi más oculto barítono para impresionar sin alternativas, sin treguas a mi contendor que ya comienza a armar su infraestructura de explicaciones.

Una sonrisa de bigotes anchos, cuidadosamente arreglados con un cigarrillo que baraja nervioso entre dedos atestados de anillos me recibe. El sillón siempre girando me comienza a regalar pequeñas señales, volutas de humo apestante se escurren por mi cuerpo, percatándome que mi tiempo es la peor inversión que hoy pueda pactar en este horripilante mundo de los negocios.

—“Las cosas no están buenas para nadie, que quiere que haga” —

—Un aluvión de ternura desdibujado en los gruesos labios de la secretaria me saca de el letargo —

—¿Puede esperar hasta mañana?

De vuelta a casa me pongo a ordenar las últimas monedas, es decir construyo pequeñas torres de metal en la mesita del living, sacando los pantalones, busco y rebusco bajo los sillones, en un costado de los cojines si alguna se ha separado del montón, están todas las que creí tener y eso me llena de satisfacción.

Miércoles a las 11.30 hrs. mi agenda me comunica que tengo cita con el último acreedor de la fábrica. Hoy empezaré más temprano que de costumbre, redactando las cartas de cobranza con un marcado acento judicial. Y nuevamente el retrato de la abuela me ha mirado con ganas de insultarme.

Cierro por un instante los ojos y recuerdo los quince años de pantalones cortos de la vieja casona de Valdivia, los postres de manzana, los dulces de leche, las cecinas que nos preparaba la abuela y que no he vuelto a comer.

Me embuto en la máquina de escribir para dar comienzo al primer capítulo de mi novela. Es apasionante escribir con la memoria lejos del tiempo, del smog que lucha por entrar, por incrustarse al perfume de los últimos gladiolos a este olor a timbres y papel sellado que se torna más insoportable cuando llega la tarde y diviso en el tiempo que la semana ha permanecido inmutable. Entonces me apresuro por deslizar mis torpes dedos manchados de carbón paper y dejo que el pequeño mecanismo marche a precisión, cuidando no cometer errores, sin devorarme las comas, los puntos seguidos, los signos de exclamación que han enmudecido.

Rin... rin. • rin. • rin...

Aló .... (quizás sea don Julio)

Aló (o el corredor de propiedades que no sabe otra cosa que hablar de meses atrasados).

Bueno diga algo... por favor... que no estoy para ocuparme de bromas idiotas.

Mi frente se ha humedecido de pequeñas burbujas, mi garganta áspera de tanto tragar nicotina me ha deformado la voz. Tengo que pensar, no puedo desesperarme ni por Doris que me ha abandonado y este departamento que se ha vuelto un vulgar cuarto de desperdicios, con tazas y platos sucios por todas partes y esta maldita llave que me comienza a enloquecer con su incessante gotear.

Me quedo indeciso, contemplando la fotografía de matrimonio, la risa de dientes blancos de Doris se rouge sensual y aterciopelado, dos embudos convergentes, paralelos muchas veces al olvido, al tranquilo placer de no tener ya que recordarme escuchar esa acostumbrada canción, no hay, no sigas insistiendo por qué no habrá.

Y de pronto el reloj con su acompasada manera me acusa de inconsciente y asalto el ascensor en el cuarto piso, pero me doy cuenta que he olvidado mi corbata, mi pañuelo italiano de la buena suerte, la película clara de lo que le contaré a don Julio sobre los deudores morosos. Seguro que empezara a vociferar como de costumbre —“Tropa de inútiles” aprendices de vendedor, sepultureros de la fábrica— Mi frente se ha vuelto a humedecer, por mi cuello cae una persistente gota de sudor que se ha ido a detener en los escasos botones de mi camisa. Pero prefiero evadir la escena que me acontece para no desesperarme

con la idea de que en el segundo capítulo aparezca Doris ti— rándome mis viejos discos de Gardel, los antiguos diccionarios de tapas verdes, la colección de la revista estadio que con tanto esmero papá me dejara como herencia y después tu recuerdo que se re— husa morir, tus reproches, el abrigo de visón que nunca he podido comprarte, tus colonias que para Navidad depositabas cerca del magnolio, las corbatas de lunares rojos y franjas verdes tan exquisitas como cuando te ponías a regañar por tus pan— tys llenas de agujeros, por tus enaguas de nylon barato

— Doris, no te vayas, no dejes que mi novela pierda la oportunidad de ganar un millón de pesetas, como sabes si te compro aquél equipo modular, el que anuncian en la tele, la peluca importada que un día vimos en una vitrina de la galería España.

Y después de todo quizás mañana ese silencio estático de la fábrica sin su chimenea mayor haciéndome señas, el chevy nova de don Julio en un aviso clasificado del mercurio y su casa de Reñaca bajo el martillo, disputándose entre el mejor ofertante. Como me cuesta llegar has ta el tercer piso, ahí donde estan las oficinas, la caja fuerte repleta de documentos impagos, los del síndico de quiebra tasando los últimos ruidos, el último adiós de todos los motores.

— “¿Y bien jovencito?” —

— “No se quede parado como un í—diota, llame a mis abogados, reuna a la gente y dígame al presidente del sindicato que lo necesito de inmediato” —.

Ahora que se me ocurre como reemplazar a Doris por la señorita Marcela, tendré que comenzar por hacerme nuevamente amigo de las escaleras, apretar botones, colgarme por horas de los hilos del teléfono, pedir estados de situa ción y entrevistarme con el agente para que nos conceda el último préstamo. Y esto de andar sin

me disfraza de caballero, de ejecutivo fra casado que ya no consigue de los bancos ni siquie ra la hora.

Y las terribles ganas de orinar, aguantándome entre todos aquellos que expelen la fragancia de una buena lavanda y después recuerdo a Doris, tal como la conocí cuando vivíamos cerca de Pudahuel, las noches que nos pasábamos mirando los aviones, con sus dientes gusto a dentífrico y aquellos zapatos de tacones altos que estremecían los rincones de la ciudad.

Las luces de la fábrica se han escondido para siempre en todos los tubos fluore— centes, en las bombillas de neón y don Julio dando las últimas instrucciones y el sudor agrio man chándome la camisa, el aire caliente estrellándose contra mis pulmones, la calle que me satura de preguntas, los cordones de mis zapatos apenas atados sobre mis calcetines se confunden con mis manos que buscan entre los bolsillos algunas mone das, el metro que no me permite instalarme en sus butacas sin antes haber saciado su hambre de dine ro.

Un pequeño golpe a la puerta dos y tres veces el mismo sonido como un acorde de incertidumbre y luego mis pies girando como hélices

cansadas en torno a la mesita del teléfono que hace tiempo perdió su tono entre facturas im— pagas.

— Doris, no insistas en el abrigo de visón, me han despedido de la fábrica y mi no— vela que no logro concluir me parece tan extraña como los ovnis que un día creímos ver. Mis ojos se han detenido en la exacta distancia de las cosas sin sentido, desciendo los peldaños de la escalera imaginando a Marcela contar en exclusivo para la televisión los platillos voladores que avistara en el lago Villarrica y después la publi cidad en letras gruesas, negras, rojas y mi cerebro que ya comienza a sentir los últimos estertores, el plazo que finaliza para mi novela que seguirá inédita.

— Mientras me olvido de ti, de don Julio, de la fábrica, una extraña sensación me invade. El aliento se oxida al contacto con la brisa, las diapositivas y las Méninas de Velas quez — ya no cuelgan de mis pupilas, ni los signos ocultos intentan por ayudarme a escapar de este empantanamiento.

Mi rostro se ha empapado de un sudor grosero que no es distinto al de aquellos días en que mi corbata no hacía nada por colgarse de mi cuello...

## **“ CUANDO SE APROXIMAN LOS SABADOS “**

Y como me fascina todo lo que sea ruido importado, la música pop y la sentimental de Albert Hamond (my spanish álbum) si me paso días enteros parado en las casas de discos del Paseo Ahumada, arrebatando cuanta melodía se escapa de los Sony y Sansui, para luego como a eso de las diez apresurarme por llegar a mi pieza en un segundo piso de un viejo edificio de pasillos sucios, maloliente donde el miedo se confunde y trama mis otras derrotas nocturnas. Y ahí me quedo con mi guitarra, un poco de pisco de la noche anterior y unas cuantas cajetillas de liberty que barajo entre mis labios hasta quedar con la garganta destrozada, pegajosa e impregnado todo entero de ese humo demencial.

— A medida que recuerdo los mi y los fa, los acordes suenan más nítidos en mi trasnochada guitarra de cuerdas metálicas, posesionándome de todos los sonidos que me sumergen en ese maravilloso mundo que se inicia para mí cuando llegan los sábados y compito con los de la Quinta Normal, que llegan en motos de 400 cc., con lolas güenas y marigüaniadas, equipos yamahas y botellas de whisky.

— Y el Soul—Beat Club, agarrando color a eso de las doce, justo cuando los antipáticos del barrio alto hacen su ingreso con los minimil recién nuevecitos, vestidos exquisitamente y provocando alaridos colectivos en la lolería que cada vez grita más fuerte, hasta apagar la música de alto voltaje de “Diseño Quinto” un conjunto chillón de Renca que no sabe otra cosa que tocar canciones de los Beatles.

— Y luego los desmayos se multiplican, los vivos que nunca faltan deslizan sus manos por los cuerpos tiernos y aún intactos de las muchachas que se dejan acariciar hasta saturarse de sexo. De a poco la luz se ha sumido en los rincones del escándalo y las pocas ampolletas de color nos acusan de desconocer el sexto mandamiento, la homilía del Papa sobre la moral para los jóvenes de nuestro tiempo.

— Y los otros —los muñecos— de ojos claros, de finos ademanes de señoritos cortesanos que por montones pululan por las calles de esta ciudad, se cansan de esperar que otras manos los acaricien y no tardan en telefonar a los amigos en su camino que llegan con perros y furgones, arrastrando con cuanto gil se queda haciendo el signo de la paz. Todo ha concluido como el último acto de una comedia acostumbrada, donde después de vacilar con la última chica que se ha salvado del naufragio, tomo la acera que me conduce hacia el poniente, cuelgo la guitarra a la espalda y me confundo con la sombra lamentándome de mi mala suerte que ya es algo que he venido aceptando a pesar de mi angustia, de mi testarudez y de ese no sé qué, que a diario me precipita a subirme a los escenarios.

— Todos en el barrio me dicen el Elvis Presley chileno, por mi manera de cantar y de mirar a las muchachas. Aunque no es usual vestirse de negro a mí me gusta exhibirme adornado con gruesas patillas que cubren casi la mitad de mi rostro, con cinturones dorados y botas de media caña, con hebillas que anuncian mis pasos. Yo me hago el americano hasta en mi forma de hablar, pero a los del conventillo no les agrada mi personalidad y andan diciendo que soy un sin destino que me paso todo el día silbando y golpeando con los dedos

todas las mesas que se ponen enfrente de mi, que soy un irresponsable y un cesante consuetudinario y que por las tardes me con vierto en un cliente asiduo de los pools, donde a menudo se reúnen los traficantes de drogas y los vagos.

— Y esto de la música y de no hacer nada para procurarme un oficio que me permita vivir son sobresaltos, se lo debo a mi padre. El desde muy niño me enseñó a ganarme la vida cantando en las tanguerías y boites donde a menudo todos los jueves se reunían los bohemios del barrio estación para darle duro a Troilo y Gardel. Mi padre al piano era cosa seria, lo buscaban de todas las orquestas de Santiago para que fuera a tocar los fines de semanas al Crillón, pero como a él no le gustaban los —acartulinados— de corbata y flaño, prefería agarrar papa p' San Diego y amanecerse cantando para los de la Vega que le llenaban el piano de trago y comida.

— Fue para cuando agosto almacenaba todos los fríos de hace diez años, una madrugada incrustada a toda mi piel, que con los ojos empavonados de tango y milonga, el viejo se borró de todos los bares en una sala de la posta central sin más compañía que mis manos que intentaron quitarle el frío de otros inviernos y que guardaba de cuando vivíamos en aquella pensión de calle República.

— Aunque no me considero un —capo— con la guitarra como el negro Vilches que va a todas las paradas y se presenta a cuanto concurso para aficionado hay en la tele, algunos reconocen en mi que no soy de esos que se anda ofreciendo para amenizar gratis las veladas de los centros de madres y juntas de vecinos.

— Sabía que en el Soul—Beat Club, cualquiera no me hacía el peso cuando cantaba “I really want to know, Take good care of her o Raised on rock” y decían que yo era el único que cantaba igualito a Elvis. Pero entonces estaba muy lejos de la fama, de los que manejan el mundo artístico, de los que fabrican y destruyen ídolos con esa facilidad que les permite el dinero. Y fue en una noche de verano, como la cancioncita aquella que me recuerda uno de mis primeros amores que tuve con una fulana ligera de sonrisas, que canté en una discotheque de Apoquindo.

— Me agarró uno de esos señores que tienen voz como los locutores de continuidad que transmiten en frecuencia modulada y me entregó una tarjeta para que todo el mundo se diera cuenta que acababa de descubrir un ídolo. Sin que nadie notara mi rostro emocionado la leí de reojo guardándomela entre el calcetín y el zapato.

— A la semana siguiente me presenté ante un gringo que le gustaba mucho como imitaba a Elvis y me consiguió mi primera presentación en el Casino de Las Vegas. Automáticamente entre a pertenecer a la élite de los exquisitos, al jet set nacional que todo lo dice con palabras de otro idioma.

— Y ahora que en todo me resultaba tan fácil, si podía hasta mandarme confeccionar —mis pilchas— a Trial y Scappini y alojarme en una suite del Sheraton para que nadie después me contara las cosas de otra manera, se me ocurre conocer a una niña del Burger—Inn, que desde el primer día que tuve la maldita idea de seguirla con la mirada hasta hacerla perder el tacto, el sentido de las

proporciones entre un rower y un chesburger. Y mientras más tiempo me pasaba cambiándome de mesas se me hacía más difícil encontrarla entre todo ese montón de gente que por primera, segunda y no sé cuantas veces al día, a la semana disfrutan con ese sistema americano que nos tiene a todos casi idiotizados.

— Han pasado casi tres meses de aquella cita clandestina en mi departamento y aún no logro saber cual es su nombre, porque entre otras cosas me dijo que se llamaba Ximena, para después rectificar que era Olga Ximena. Y mañana cuando vaya a eso del mediodía a mi acostumbrado rito de vagabundear por el Paseo Ahumada, como lo hacia desde cuando soñaba detrás de las vitrinas con sonar en algún equipo estereofónico, la volveré a encontrar, pero no sé si aceptara que nos volvamos a desnudar con el mismo miedo de aquella noche que con lágrimas en los ojos me confesó que estaba pololeando.

— Pero mi preocupación no es saber como se llama o si vive con sus padres en la Villa Frei o es realmente de algún pueblito del interior de Chillán. Las consecuencias son las que no me dejan tranquilo, me quitan el sueño y me paso largos ratos divagando y recordando aquellos tiempos en que me pasaba horas enteras con una revista pornográfica sin saber a ciencia cierta que era el placer por los desnudos.

— Después de vestirme aquella mañana entre medio somnoliento y enojado con las circunstancias, decidí llamarla para contarle que aun la amaba, pese a las mentiras que me contaba cada vez que intentaba descubrir su identidad. Creo que debí haber

hablado con la petulancia de aquél que lo toman en cuenta seriamente y no tienen lugar en este planeta donde ubicarlo. Así estaba divagando y cosechando aplausos imaginarios, cuando veo aparecer a la Matty con sus pasitos de leona cansada y sus ojos cada vez más profundos, húmedos con el llanto de todas las mujeres que por primera vez van a ser madres. Y de pronto me invade una extraña sensación de culpabilidad y desprecio para conmigo mismo que trepa desde los primeros dientes hasta las amígdalas. Faltan algunos meses y la matrona ha dicho que será un parto normal y yo casi lo adivino, de pelo castaño muy rizado y de no sé cuantos centímetros.

— Estoy enamorado recuerdo que le dije, acariciándole el vientre. Entonces debió de haberse sentido muy emocionada porque luego fue soltando de a poco un llanto que terminó por mojarme la camisa, las manos que trataban de despejarle el cabello que se aferraba a su rostro de muchacha un tanto arrepentida. Y luego vino el silencio que se posesionó de mis palabras como un entreacto, a la espera de un segundo capítulo que apenas aparecía tras las persianas y que me susurraba entre suspiros una libreta de matrimonio y mi libertad sometida a una mujer que nunca sabré exactamente como llamar. Pero sin embargo a ratos sentía una inmensa curiosidad de saber que faltaba poco para que Damian naciera, porque estaba seguro que sería hombre, contra todo el mundo que pensaba lo contrario.

— Por la tarde estuve ensayando mis dos últimos temas festivaleros y el tacto con la guitarra me aromaba el sentimiento. Entonces decidí escribir una canción para Matty, pero la inspiración jugándome chueco en los momentos más importantes de mi vida. Y de pronto decido por un instante pararme frente al espejo por un mero ca-

pricho de saber cuantos gestos nuevos de esa larga lista que me entregara el director del programa de televisión me he aprendido en estos últimos días y me percato que aún tengo entre mis manos un pedazo de papel que me acusa de silencio.

— Pero el teléfono ha interrumpido mi exilio voluntario, ahuyentando el último vestigio de mi pobre creación poética. Y entonces decido contestar y reconozco la voz —jaivona— de María Pia, una chica de Carlos Antúnez que se ha venido ligando a mis besos en forma permanente haciendo todo lo posible para que nos casemos en febrero, can la prisa de sus padres, de sus amigos, de todos los que han visto en mí a un banquero del National City Bank.

— Y como un acto mecánico, ya acostumbrado que vengo iniciando desde que cambiara mi suerte de “pobrecito mortal” allá en la población de obreros ferroviarios cuando soñaba con vestir elegantemente y cantar en escenarios de lujo para que todo el mundo me aplaudiera, rodeándome de toda esa gente que va al casino de Viña los sábados por la noche, que gasta dinero y se entretiene con las mujeres bonitas que otros consiguen para introducirles sus linajudas manos entre el escote y los senos, ofreciéndoles exquisitos tragos, abrigos de visón y viajes a Miami.

Y después de todo este tiempo que ya ni se cuanto me he farreado en incinerarlo en las boites, me queda ese sabor amargo de compartir hipócritamente la vida en las tres últimas dimensiones de luces rojas, violetas y amarillas que lo único que logran hacer es recordarme aquellas noches en el Soul—Beat Club, que no son mas pérfidas que estas fiestecitas de gala con champagne y petit

bouche, con la diferencia que allí entraban los de la brigada contra narcóticos y arrastraban con cuanto gil encontraban con cara al viento.

Pero a veces me da por filosofar con migo mismo, extraña manera de conversar con el tiempo para reprocharme por algunas actitudes que mi padre me enseñó a condenar y entonces toda esa luminosidad en la que a diario me envuelvo me llena de odios y rencores mal paridos. Y yo que tanto soñé con todo esto, desvelándome noches enteras con ver puesto mi nombre en miles de carteles de diferentes colores, con cortos para la televisión y reportajes en revistas de modas.

En un rápido intento por olvidarme de los contratos, de los videos, de las futuras presentaciones en el Casino de Las Vegas, añoro volver a competir con el Negro Vilches que hace mucho tiempo no sé nada de él, de doña Hortensia, de don Pepe, de la Chepa que fué mi última novia de población y que en más de una oportunidad derramó lágrimas porque los del barrio siempre decían que yo era un sin destino, un devorador del oxígeno ajeno y que mi única razón de existir era la música, como lo fué para mi padre, con la diferencia que él no vendía su persona a los pitucos de corbata y flaño.

## **¿CONOCE USTED A SEFERINO?**

Estornudó con la distancia a milímetros de la boca, vaciando sus pulmones de humo robado a otros cigarrillos que yacían en los ceniceros de la habitación. El día pudo haber transcurrido un martes al amanecer o un sábado con las últimas horas del invierno, pero el frío se comenzaba a posar en sus huesos, más allá de los gélidos húmeros. Se durmió con el sabor de la nostalgia, intentando callar los labios de un dolor acostumbrado. Nadie vino esa noche, las horas del escaso sueño fueron largas, voluptuosas.

De pronto se detuvo en medio de la noche con las sábanas cubriéndole el rostro, tratando de escuchar la escasa lluvia que goteaba de los techos.

— Alargó su mano al infinito de su catre, extrayendo un viejo sombrero tirolé de franjas amarillas y recordó los dos últimos años casi de memoria con sus otoños y el musgo en las murallas del patio.

Avanzó con miedo pensando en ocultarse a un lado del viejo ropero normando que lo seguía incesante con el reflejo de sus aristas. Quiso negarse en principio cuando lo sorprendió el primer ruido horizontal de la puerta de calle. Corrió hacia el balcón como si alguien lo llamara de algún altavoz lejano. Se vistió rápidamente acosando las escaleras casi en el cuarto peldaño. Dió algunos pasos más cortos y se detuvo al borde de la solera sintiendo el andar perezoso de su cuerpo.

Cruzó la calle y el bus naranja aún no se perdía detrás de los viejos edificios. Retornó la cabeza a un costado y alargó una sonrisa en busca de algún probable encuentro, para que darse ausente, permitiendo que su barba rubia y ensortijada creciera borrándole su rostro trasnochado.

Jamás había sentido semejante sensación de extrañeza. Recordó a Filomena que a esa hora iniciaba el aseo de la planta baja, tirando escobazos en los pasillos, haciendo huir a los perros del vecindario que volteaban las bolsas de polietileno.

Quiso creerse distinto al de los viernes, pero el entusiasmo de los espejos bisela dos lo dejó en medio de los letreros de neón, de los acrílicos que palidecían con la mañana.

La garuga había comenzado a caer, las calles más ocultas de la ciudad se empapaban del sudor negro, de los semáforos que asomaban en las esquinas, tiñendo de color la mañana.

Empujó suavemente el tiempo que se humedecía en sus pies, deslizándose por las escalerillas del metro esperando paciente que emergiera algún vendedor de diarios.

Estaba como mendigando un poco su futuro, cuando a sus espaldas resonó la voz de la señora Dominetti.

— “¿No me acompaña don Seferino?”

Intentó captar la mirada compasiva de la

señora Dominetti que se deslizaba tras un ligero andar perfumado.

Atravezó la calle y en su cerebro aún daba vueltas toda la mañana, con todas las campanadas. Golpeó el tibio aire con la punta de sus dedos, tratando de retenerlo, extraña manera de comprobar casi siempre que la vida se va entre pequeñas cosas. Saboreó a pausas la altura de un café extranjero y ese lejano viaje de placer que se metía en cada rincón de su cuerpo.

Cuando retornó a su pieza, la cama expelía un aroma tibio que no prefirió aceptar, quedándose frente a la fotografía de su hija a la espera que lo llamara a desayunar. permaneció el resto de la mañana enfrascado en los últimos capítulos del Quijote, sintiendo como sus pupilas lo hacían volver al lugar exacto de las frazadas, inundándolo de viejos libros y apuntes de conversaciones añejas, quedándose dormido con Dulcinea, Los Molinos de viento y las Insulas de Sancho.

Casi al atardecer Filomena le recordó por enésima vez que adeudaba los meses de pensión, la cuenta del teléfono sumándose a la del gas, a la del agua, a las palabras siempre repetidas que venía escuchando como una grabación mal hecha.

Vaciló frente al calendario casi en los últimos días del mes, de su memoria extrajo los últimos títulos de Bergson y empezó como lo solía hacer que cada vez tenía que ir al cuarto piso de la Caja a cobrar su cheque.

A la Matilde desde el día anterior le tocaba

duro con el detergente, con el varsol, matar y matar manchas en el raído terno marengo, brillante de tantos limpiados. Alguna que otra camisa había que cambiarle los puños, el cuello que difería con un suave aire de desprecio.

Apenas lograba franquear el umbral y sentirse entre la gente aromada de los ascensores, parecía que su vida eran inventos de su cuarto. Y solía por semanas irse a casa de los Aspillagas, entre los cerros y un pequeño campo de equitación. Se pasaba el tiempo con un viejo piano, deleitándose con Mozart y Beethoven. A sus espaldas los árboles y el viento traían el lento sonido de bosques, donde el frenesí de la tierra húmeda luchaba por apoderarse de sus días. La luz amarilla, continua en las ventanas comenzaba su descenso por entre el espeso cortinaje, recordándole sus constantes regresos de la universidad, el rostro de horas y los viejos zapatos manchados por la tiza.

Estuvo sentado mientras los últimos sorbos de café se deslizaban por su tráquea. Después la voz de Jessila atormentándolo, diluyendo el escaso recuerdo, la distancia que se resistía a escuchar las últimas palabras, la vió muchas veces en los rincones de una calle cualquiera, sucia, incesante con esa flauta que no dejaba de tocar. Invisible para todos. Pero esta vez no se inundó de llanto como otras veces cuando la recordaba.

Dió algunos pasos más largos que los usuales y se alejó arrebozado en su vieja bufanda de lana escocesa. Era sábado cuando la señora Dominetti lo sorprendió durmiendo en un banco de la plaza, con varios días sin afeitarse, el abrigo arrugado más

allá de las solapas. Le recordó que había dejado la puerta de su cuarto abierta, que los nietos de Filomena habían estado allí jugando con sus sombreros, con sus bastones y la mecedora.

La luz verde, casi difusa apenas le permitió cruzar la calle, internándose en el Paseo Ahumada, ocultándose entre el ruido importado que se escapaba de todas las vitrinas.

Decidió aquella tarde por pleno convencimiento no ver a nadie y estuvo dando vueltas con su reloj por todos los cafés, hasta sentir que nuevamente el cansancio lo derrotaba. Regresó a su habitación con la misma nostalgia de las noches anteriores.

Filomena desde la cocina no dejaba de balbucear, a veces en su desesperación maldecía el día que aceptó a Seferino como uno de sus pensionistas.

Pero esta vez Seferino prefirió no hacer caso a los comentarios de Filomena, de Betty que siempre le reprochaba su comportamiento. Se cambió de camisa oliendo el suave perfume de la ropa recién planchada y los rasgos de su rostro se aferraron al espejo del toilette. Se llevó un cigarro a los labios y se quedó creyendo oír a Jessila en algún rincón de la ciudad.

El sueño lo tumbó en el segundo capítulo de una novela policial que hacía tiempo intentaba terminar. Había dejado de llover y agosto nacía con un pálido sol más allá de los árboles

que se cubrían con la niebla.

De vuelta del mercado, lo encontraron solucionando los últimos puzzles. La risa de Betty por instantes le recordaba aquél tiempo con Jessila en los bosques del sur.

La muchacha ahora lo observaba, descubriendo en sus manos un pequeño frasco de lavanda que se fugaba con el tiempo que trataba de apresar. Recordó que Mariela había muerto la noche en que Jessila aún no cumplía su primer año. Los transitorios armisticios de paz que cada día firmaba con el recuerdo, se trizaban como un cristal cualquiera, sumiéndolo en la ira, en el hipo de un idiota cualquiera, a gritar, enfurecer se y golpear los viejos sillones de felpa verde que yacían desparramados en toda la habitación. Se reía de todos, a veces de su sombra, incluso de su propia risa que lo comenzaba a fastidiar, quedándose con el retrato de Mariela y aquél poema que no dejaba de repetir “Te recuerdo como eras en el último otoño! eras la boina gris y el corazón en calma! en tus ojos las llamas del crepúsculo! y las hojas caían en el agua de tu alma”

Habían transcurrido apenas dos años de la muerte de Neruda y no dejaba jueves de cada mes sin ir al cementerio, leer algunos de sus poemas, los que siempre soñó que algún día se los escuchara. Y estuvo gran parte de la tarde hablando con las murallas, que terminó por quedar afónico.

Logró conciliar el sueño casi al amanecer cuando la señora Dominetti, terminó de dar su acostumbrado paseo por la casa espantando los últimos gatos que por montones asaltaban la

cocina devorando sus pasteles de fresas.

Los primeros bocinazos le horadaron los oídos y luego la Matilde con esos zuecos estremeciendo el balcón cada vez que intentaba limpiar las viejas y pesadas alfombras del salón.

Era domingo aquella mañana y no pensó en su acostumbrado baño de tina, ni sumergirse en sus sales para la cura del reumatismo. Se quedó inmóvil, escuchando como las llaves se abrían y se cerraban con violencia. Olió una vez más el aroma de la flores y comenzó a sentir como tomaba posesión en el rincón de sus libros, más allá de su abrigo, de sus gestos, del paragüero vacío de todas las lluvias del invierno.

Y empezó como solía hacerlo cada mañana cuando iniciaba el desenredo de sus oscuras ideas, primero invocando a Santo Tomás de Aquino, cantando operas de Verdi que retumbaban hasta en los rincones del sótano.

— “Esta maldita costumbre de cantar y molestarnos con su musiquita nunca se la he podido quitar”, comentaba la señora Filomena. Desde que jubiló como profesor de filosofía, no hace otra cosa que inventar rarezas, leer a Spencer, Nietzsche y discutir con los monjes trapenses sobre la escolástica de San Anselmo. “Este hombre se ha vuelto loco, cualquier día se lo van a llevar al manicomio”.

— “Completamente loco replicó la Matilde que lo había visto la noche anterior con el índice levantado, acusando a la virgen del Cerro San Cristóbal, por permitir que una muchacha de

población fuera violada por los hombres de las motos. Días atrás envió una carta a los diarios y estuvo un mes esperando que apareciera. Finalmente decidió pedir una audiencia con el Prefecto de Santiago” —.

Por la tarde Seferino estuvo revisando la última conversación con el padre Alfredo y se convenció por enésima vez que ya no entendería a los escolásticos ni a San Anselmo.

Atravesó con indecisión los umbrales y una vez en la calle dió vuelta el sentido de sus zapatos, se alejó despacio. Ausente en pro cura de un boleto en el primer tren con destino al sur. Caminó por entre los carros, paralelo a la espesa neblina, presintiendo que las piernas le oprimían tristemente. La pequeña ventana dibujaba una última sensación de despedida, olvidándolo de la forma de su cuerpo, depositándolo en las escalerillas del Metro los domingos cuando había lluvia.

La tristeza acumulada en su sombrero intentaba repartirla como migajas entre palomas imaginarias que divagaban con la llegada del sueño y luego el aroma de la tierra húmeda se confundía con los árboles lejanos, recordándole el Parque Forestal, a Jessila que la creía ver tras un niño hermoso, un ángel que recién comenzaba los signos del alfabeto, sin collares, ni blusas exóticas, sin esa maldita flauta que la llevaba a volar como los pájaros.

Y el bosque iniciaba su aparición en el límite mismo de sus pupilas desorbitadas, rojas de tanto pasado que se resistía a la muerte, contra sus bastones y sombreros que no hacían nada por seguirlo. Quiso correr y olvidarse de que existía, de Filomena,

de Matilde, de la Betty, pero nuevamente el mismo frío de otras mañanas confabulaba contra sus huesos, contra su cama que ya no era tibia, ni Dulcinea con sus historias, la novela policial que ya jamás leería.

## **EL PUGIL ESTA CANSADO**

( a tu memoria pequeño Dios con pies de barro )

Las manos del Flaco Ramirez en un principio suaves cuando la campanilla no cesaba de jaderar, acariciantes como abanicos en medio de una tarde tropical, como dos ingenuas mariposas posándose en el rostro hinchado y reluciente del Beño por la vaselina que chorreaba de sus mejillas. El Flaco en una actitud de supremo tecnicismo, igualito al Sony—Liston en su mejor época en el madison Squard Garden, se burlaba de su contendor para después intentar triturarlo con golpes cortos y frenéticos que no perdían oportunidad de refregarle la descuidada cabellera que un día por esas cosas tontas de la vida se dejó crecer, creyendo que la suerte la había comprado sin intereses ni intermediarios.

Pero el grueso hilo de sangre ya comenzaba por inundarle los labios que apenas sostenían sus últimos alientos. El sudor grosero estacionándose en cada esquina de sus cejas para luego sentir un solo montón de pintura roja mal distribuida en todo su rostro, pegándose a su cuerpo que no resistía ese quinto asalto donde el Flaco Ramirez juró tirarlo a la lona porque la Margarita aún pesaba en su saldo de romances.

Y el manager del Beño, apenas visible para sus ojos de tanta desesperación, hasta quedar afónico, insistiendo en que aún le quedaban piernas, gritándole que usara la derecha, pese a los empellones y tupidos ganchos de izquierda que trataba de esquivar refugiándose en las cuerdas.

Pero su figura de payaso barato se desplomó en el intertanto del último respiro, como un vulgar Dios de barro en medio de la cuenta de diez, tirado en un rincón del cuadrilátero, azumagándose de dolor, de semanas con mandíbulas fracturadas como regalo para una noche de cumpleaños que se iniciaba lenta, al compás de sus tardíos reflejos.

Y en el camarín el diálogo acostumbrado, siempre el mismo silencio, mitad cómplice y enemigo, pidiendo asilo entre pequeños intervalos de lucidez que rebotaban contra las gastadas murallas que ya no eran capaces de retener sus lamentos.

El viejo Armando dejó por un instante de vociferar quitándose los guantes, los vendajes, las zapatillas que pesaban más allá de los tendones, las manos que parecían una sola masa uniforme de uñas sucias y partidas. Y entonces ese extraño capricho de la infancia que lo llevó al ring de la población creyendo que este oficio le permitiría dejar su condición de obrero ferroviario, se reflejaba en todos los rostros desconfiados que también lo comenzaban a noquear con preguntas demolidoras, sumergiéndolo en oscuros pasillos de sueños mal dormidos donde nunca se despertaba sin una pesadilla con olor a derrota.

Pero el Flaco Ramirez le venía amargando la noche desde hacía ya meses, cuando los de la liga del cuero y el calzado lo contrataron aquél primero de mayo que debutó como aficionado en los preliminares del Caupolicán y que después todo el tiempo fue pasarse en el gimnasio del México con los sparring del chico Martín, asimilando cuanto golpe fuera necesario, dándole duro a los

sacos de arena, hasta deformar los nudillos, absorbiendo líquidos y proteínas que cada mañana incineraba por las riberas del Mapocho, por las canchas del estadio italiano, deslizándose suavemente con ese séquito de ayudantes que dejaban sus huellas de zapatillas recién importadas.

Y el viejo no perdía oportunidad cuando los de la página deportiva de los diarios lo entrevistaban para reclamar contra los de la Asociación Metropolitana de árbitros, contra los jueces y el médico de turno que nuevamente le habían robado la pelea. Después como ya era lo usual rescataba al Beño como podía entre todo ese montón de curiosos y vendedores de maní que polulaban por los camarines y abordaban la primera San Bernardo que los dejaba a media cuadra de la maestranza.

Entre botellones que dejaban enfriar con la humedad de las circunstancias, latas de sardina y cebollas en vinagre, tragaban en silencio con los gatos del vecindario. Se pasaban largas horas escuchando la Colo—Colo, al Tito Aréva— lo en su programa de boleros a medianoche, a las potocas que no dejaban de telefonar dedicando temas del Lucho Barrios que casi siempre le recordaban a la Margarita, quémame los ojos si es preciso vida! pero no me digas que lo nuestro ha terminado.

Y luego el sueño los comenzaba a derrotar entre el hedor de cigarrillos a medio encender que por montones invadían la mediagua, impregnándola de ese sudor que almacenaban con el día eruptando groseramente muchas veces contra la noche indolente para saber que existían en alguna dimensión de la galaxia.

Después cada cual tiraba para su cuarto a la espera del primer bocinazo de la seis que era la hora de tirarse la ropa como cayera para salir en busca de los guantes, de las herramientas, del casco amarillo con franjas rojas y perderse en los restos de cualquier madrugada bajo el estómago grasiento de los carros aún fétidos por el orín, por el sabor profundo de esas idas y venidas casi siempre repitiéndose.

Y la función se iniciaba puntual, hasta los sábados eran tristes cuando llegaba el invierno y el frío se apoderaba de los fierros oxidados, del reloj de la estación que apenas rompía con sus campanadas la rutina del mediodía, aromando con mugre y ruido la voz que se escapaba de los viejos altoparlantes, de los andenes saturados de abrigos grises, de maletas verdes, de estudiantes pobres que congelaban en sol entre sus manos, diseminándose por todos los rincones, igualito al capataz que ni por casualidad se adjudica un resfrío, siempre vigilante, amigo de todos los relojes del mundo, enemigo declarado de los domingos, de las fechas marcadas de rojo en el calendario, del dieciocho de septiembre cuando el Beño se hacía invisible para todos en cualquier vagón que fuera para chillán, regresando cuatro días después cuando la semana ya empezaba a agonizar en todas las faenas, con garrafas de pipeño, longanizas y chicha de manzana que compartía con los de mantención y maquinaria.

Y entonces el capataz desde muy temprano contabilizaba las horas, las tardes, las mañanas para cuando llegara el lunes mandarlo a limpiar todos los retretes del nocturno a Puerto Montt sin dejar ni siquiera el olor al detergente.

Pero al Beño no le preocupaba mayormente lo que venían diciendo los de la directiva del sindicato en sus acostumbradas reuniones, don de a menudo le criticaban su pobre campaña en el campeonato de los barrios, diciéndole que era un mediocre que no tenía nada que hacer arriba del ring.

Y pese a que en el último consultivo acordaron quitarle el patrocinio de la federación, decidió aquella mañana calzarse los viejos guantes de estopa y golpear cuanta porquería se le pusiera por delante, por qué no podía aceptar que el Flaco Ramirez, anduviera diciendo en las juntas de vecinos y en los centros de madres que ya no era capaz de aguantar ni siquiera la sombra del primer round.

Entonces la impaciencia le comenzaba a subir por todos los conductos de la piel, ametrallándolo de asperezas, de confundidas escenas que se embriagaban en su cerebro que intentaba por momentos volver al sitio exacto de sus días, ahí donde a menudo la ira reposaba tranquila y no le hacía recordar los últimos golpes que por más que intentaba ponerlos en el pasivo de sus derrotas, recobraban vigencia cuando se aproximaba algún sábado en la cartelera del gimnasio y su nombre para nadie ya significaba mayor cosa.

Pero la Margarita tampoco perdía la oportunidad de menoscabarlo, despreciándolo con su acostumbrada indiferencia, abrazándose del Flaco por las tiendas de San Diego, cogiéndolo de la mano, besándolo bajo los toldos de las tiendas simulando el más perfecto de los romances, para que le compraran blusas transparentes, pañuelos amarillos, pantalones de cotelé que le desdibujaban el traste como caballo de carrera. Y el Beño sentía la misma rabia que le

producían los golpes arriba del ring y después de las seis primeras pilseners le daba por desafiar al Flaco y su comitiva de púgiles, insultando a la Margarita que era una puta de mierda que le gustaba la pura plata.

Y los del México, amigos de andar en cuanto lío era posible, repartían golpes bajo el cinturón. Y era ahí donde el Beño se le acababa la cuerda quedando en medio de la calzada, confundido entre las primeras bolsas de basura, los últimos gritos que luchaban por no sumergirse en los acostumbrados calabozos de las comisarias.

El día siempre comenzaba en cualquier reloj de la ciudad, iniciándose temprano con los jueves cuando había sol, con los domingos cuando se asomaba el verano y salían a relucir las sombrerillas, los quitasoles, los escotes generosos que abandonaban lo inhóspito del asfalto, lo triste de las calles, el smog pudriendo las últimas alas de los pájaros.

Y el Beño por cuanto boliche de la Vega en busca de algún plato de almejas, un pedazo de pan que devoraba con la intención de pagar, para cuando le dieran la revancha con el Flaco Ramirez y demostrales a los del sindicato, a los de la federación y a la Margarita que su nombre seguía atrayendo público a los cuadriláteros.

Y otra vez el mismo árbitro, el anunciador apenas pronunciando su nombre, el murmullo de las graderías dilatándole la mirada, la voz que se tornaba difícil al pronunciar monosílabos inconexos, el cuerpo temblándole en pequeñas frecuencias, el sudor nuevamente resbalando por su frente, por sus

pómulos impregnados de vaselina, por su boca mal oliente de escasos incisivos que apenas lograban sostener el protector.

Pero el Flaco lucía bien, su llamativo atuendo de color naranja se desbordaba en todos los movimientos de su cuerpo, dispuesto a convertir sus dos negros abanicos en un requiem para el Beño, que ya mostraba todo el cansancio. Su figura empequeñecida por el silencio del viejo Armando lo hundía lentamente.

La Margarita rimbombante, incluso dejando traslucir los senos, sentada en primera fila no dejaba de aplaudir. El Flaco Ramirez levantaba los brazos en señal de triunfo, paseándose por el cuadrilátero, los fotógrafos insistiendo en el beso, mientras el Beño con dificultad en su rincón, parecía hundirse en un sueño aún más largo que la acostumbrada cuenta de diez.

## “EN HOLLYWOOD NADIE CONOCE A SOFIA”

La observé con detenido disimulo sintiéndome espía de mi propia conciencia intentando fotografiar cada uno de sus gestos, mientras ella lentamente concluye por despojarse el vestido, dejando adivinar la adiposidad de su cuerpo, la flacidez de las mejillas que denotan la marcada ausencia de los continuos maquillajes. Y he confirmado las mismas secuencias cuando abandonamos Nueva York en el último invierno, con paraguas suspendidos en todas las calles, para hoy concluir por incinerarse frente a los espejos de las boutiques, repartiendo sus gastadas sonrisas de maniquí aterciopelado, igual que en las liquidaciones por saldo de retazos, en Patronato a la hora de la siesta.

Y sin embargo no vacila en reprochar la mediocridad de mi empleo, vitupera cerca de las ventanas para que el vecindario se imponga de que proviene de una honorable familia, que en la casa de sus padres nunca le hizo falta nada y que de haberles hecho caso, no estaría habitando este viejo edificio que cada vez huele más fétido.

Y lo ha repetido hasta quedarse afónica, con la soberbia aglutinada en los labios para luego inventarse en mi cuerpo que ya no resiste su rimbombante caminar de vedette parisina, que me hace recordar las teleseries después del mediodía, y que nadie hace nada por suprimirlas. Y en un rito acostumbrado que ejecuto con total parsimonia después que la escucho vociferar, instintivamente analizó el pequeño álbum de fotografías y un misterioso vuelo me conduce por el tiempo, depositándome en medio de nuestra fiesta de

bodas y recuerdo el vestido de gasa azul que tía Lina confeccionara, no descuidando detalle alguno. Pero mi boca comienza atosigarse nuevamente con aquél trozo de torta, se empapa con el champagne que me llevó a deslizar los pies más allá del estrecho círculo del living, y por instantes me va quedando la incertidumbre de que mi nombre es posible que se le haya olvidado, la fecha de los cumpleaños que en principio marcaba en los calendarios.

Pero tú eras Sofía, alumna del último año de las monjas francesas, de misa los domingos. No este habitual cambio de identidad, de personajes en busca de las cámaras, ni de querer sobrevivir a las portadas de las revistas, en las suites de los hoteles soñando con Julio Iglesias, que te hace perder el tacto, trastocar el sexto mandamiento. Y por instantes recuerdo vagamente la noche en que te conociera, el traje amarillo que se prolongaba más allá de tus zapatos. ¿Recuerdas mi pequeña Sofía?.

Era verano y la noche con sabor a fiesta prolongada en los relojes, pudo haber sido un sábado con luna y con estrellas semejantes a las que Neruda describe en sus poemas. Pero no abusabas de los cosméticos, ni de los sensuales perfumes, eras bella con solo dejarte mirar, no insinuabas el volumen de los senos, el color de los cuadros cada vez más pequeños, para la imaginación de los gerentes, del corredor de coches fórmula1, que no te deja de asediar cuando llegan los domingos y te sumerges en el televisor para que te dedique sus triunfos con solo sonreír para la pantalla.

Y después cuando el lunes se dibuje en tu mente como una silueta desganaada, con neblinas adentrándose por tus

ojos, sentirás que nuevamente el smog tratará de asesinar al indefenso gomero, y gritarás mi nombre para luego odiarlo en todos los espejos, y es entonces que temo dejarte sola imaginando que cualquiera de ellos se idiotice y no te entregue la mejor imagen de tu rostro, y comiences como es una costumbre a escribir tu nombre mil veces repetido para saberte exacta y solidaria contigo misma.

Afuera la mañana se inicia vertiginosa, diferente quizás en el horario a las de los días anteriores, con la excepción que hoy no me he afeitado porque la lavanda no tiene interés de humedecer mi rostro, ni perfumar mi corbata, que se ha convertido en un insulto permanente para los cuellos de las camisas, las que tus manos se resisten lavar.

Pero el reloj no ha cesado en acusarme de inconsciente me traiciona cuando lo desea con sus complicados sistemas, pero esta vez me ha prometido devolverme cada uno de los minutos que demore en ubicarme en la resbaladiza plataforma del viejo pegaso, en la que no logro introducir mi pié derecho más allá de la primera corrida de butacas. Y el aliento agrio y nicotinoso de descuelga de improviso por mi boca, constituyéndose en la peor tarjeta de presentación, confabulando con el excesivo interés de conquistar siempre a la misma muchacha que desciende en la avenida de los aromos, conjugando con el vaivén del bus una melodía que me hace recordar las quintas de recreo de San Miguel, en donde solía amanecerme bailando los mambos de Pérez Prado, los boleros de Leo Marini y que a ti tanto repudio te causaba que te contara mis aventuras de soltero.

Pero si hubiera desayunado esta mañana con bizcochos y mermelada, no me estaría invadiendo este dolor insoportable de intestinos, y las terribles ganas de eructar y escupir a este pequeño monstruo que se gesta en mi estómago y recorre todo el largo de la tráquea, confabulando con las cansadas pupilas que delatan mis noches de insomnio, los conflictos existenciales que se originan en mi cerebro para luego estrellarse contra mis arterias y producir eso que todo el mundo llama arteriosclerosis y que tú tanto temes mi querida Sofía.

Me asusta subir las escalerillas que me conducen hacia la oficina y hacerme visible ante los ojos del director. Sé que esta vez no perdonará mi atraso y comenzará a gritarme, enfurecerse para concluir amenazándome con el despido. Y yo sin poder contarle que ya ni siquiera duermo, porque mi mujer aún no entiende que la vida no es el simple vicio de pasarse frente a los espejos, inventando aromas y movimientos para los labios, ni siquiera ha aprendido que mi único terno necesita una urgente permanencia en la tintorería.

Pero esta vez y como una manera de agradar a don Oscar, le he manifestado que seré deliciosamente dramático en los reportajes policiales, y que averiguaré pese al hermetismo de los tribunales la identidad del capo del hampa criolla y de los narcotraficantes que anoche detuvieron en el barrio alto. Me ha quedado mirando de soslayo, insinuándome algunas cosas que hoy no deseo imaginar, para después tratar de almacenar entre mis manos el vacilante humo de un cigarrillo esperando que el minuterero se apresure en dar su última vuelta y marcharme por la primera calle con el rostro de

la muchacha aquella que asesinaron el sábado de madrugada y que recién acababa de cumplir los quince años y que despojada de sus ropas en los pasillos de la morgue, espera que alguien reclame su cuerpo.

Pero no me atrevo contarle a Sofía sobre lo que a diario tengo que escribir para ganarme la vida, temo herir su trastocada sensibilidad burguesa, y después de todo no vacilará en tacharla como una cualquiera, de esas que viven desde la estación central hacia abajo, rubia de ojos azules, como son todas ellas deambulando por las esquinas a la espera de algún dinero.

Las inhóspitas luces de neón por momentos hacen sentirme un poco distinto al que amanece dando sobresaltos en la cama y voy como de costumbre enfilando para el departamento, contra mis piernas que me invitan a fugarme, eludiendo con habilidad la presencia de los semáforos, de los vendedores ambulantes, de los que aroman la tarde con música en las calles, para detenerme frente a todos los diarios y devorar sus titulares como los avisos luminosos que extraen de mi boca palabras cansadas, la noche que antecede a mis huellas que se han quedado en todos los urinarios, en las escalerillas del tren subterráneo, húmedas por la transpiración excesiva de miles de manos que abandonaron algunos rasgos de su personalidad, y algo me anuncia que el peligro está en las esquinas, y rehuyo la cartelera de los cines, las fotografías cuidadosamente retocadas, el rostro seductor de Robert Redford que me hace recordar la carta aquella que le enviaras el año pasado a la Paramount Picture, ofreciéndote posar desnuda para su última película de escándalos neoyorkinos.

Es jueves y todo el mundo en el diario ha comenzado a preparar imaginariamente el fin de semana, y a veces me quedo soñando en la posibilidad de pedir un préstamo a la empresa para que nos fuéramos de viaje tan solo por una semana, y olvidarnos así de este maldito calor que comienza a posesionarse de los pasillos que huelen a kerosene, el incinerador que hace dos semanas no deja de expeler su rancio sabor detenido, idiotizando el genio, haciendo perder el interés por el sexo, por acariciar tu cuerpo que hace mucho que mis manos no recorren.

Sofía, como sabes si este cambio de ambiente restituye en ti la antigua personalidad, la que tantas veces construimos bajo la lluvia de Nueva York, y otras veces fue el sol de San Francisco que nos invitó a reír juntos, a sentir que lo más maravilloso son los hijos para nunca tener que quedarnos solos. Pero el destino nos cambió las cartas en la baraja, y ya vez que el Psiquiatra tenía razón cuando diagnosticó que lo tuyo no era curable. Y por momentos me imagino pescando en los lagos, y tu corriendo por entre los bosques hasta confundirte con el verde esquivo de la ciudad, respirando todo el aire necesario sin pensar que a otros haga falta.

Pero sé que no trepidarás en despreciar mi oferta, encontrándola fuera de tono, deseando más bien que te regalara un pasaje para Londres, y conocer al príncipe Carlos para que te autografíe aquella portada de "Life" que guardas desde cuando el era un niño y no sabía nada entonces de mujeres que intentan atraparlo. Y sin embargo los esfuerzos desplegados han caído al lugar donde se almacenan mis buenos propósitos, porque tu decididamente no quieres

saber nada de otro mundo que no sea el de las ridículas fantasías. ¿Ves Sofía que ya no nos entendemos para nada?.

Falta más de media tarde para que el viernes finalice. Los atrasos de esta semana sobrepasaron el límite de lo acostumbrado y tendré que incrementar el horario de trabajo atendiendo los cables de la united press international, aumentando páginas delictuales, inventando si es necesario algún puzle policial para que don Oscar mañana no me mire con tanta insistencia. La sala de teletipos no ha cesado con sus ruidos permanentes, trayendo algunas informaciones que quizás para ti resulten familiares. “Julio Iglesias (el mayor de tus ídolos de carton) desplaza a Frank Sinatra en los superventas de los mercados centroamericanos, Steve Macqueen agoniza gravemente en una clínica de Nuevo—México. ¿Sofía, te das cuenta que también las estrellas de Hollywood les da por morirse?.

Pero el teléfono en su permanente afán de que le introduzcan palabras, no ha cesado en invadirlo todo con sus ruidos grotescos, haciéndome perder la paciencia. Y si eres tú la que insiste a través de las líneas para contarme que definitivamente acabas de romper con tu enajenante manera de ser, y que has decidido sepultar en el pasado la superchería y tu loca obsesión por las cámaras. La misma sensación que me invade cada mañana cuando abordo el ascensor se repite en mi cuerpo, pero esta vez ya no puedo imaginar ni siquiera una sonrisa de tus ojos. Y he luchado hasta quedarme indiferente por separar de mis oídos la noticia que la radio hace algunos minutos ha entregado con carácter sensacionalista, sobre la mujer que saltó al vacío desde el octavo piso de un central edificio de departamentos, alta, rubia y bien vestida, de aproximadamente cuarenta y cinco años, quizás muy parecida a ti adorada Sofía.

Pero ahora no es la misma sensación la que me obliga a sudar lento, queriendo evadirme y saltar por la ventana y caer de bruces a la calle y correr, excluyendo de mi habitual reflexión a las muchachas que son violadas durante la noche y mientras por mi cerebro desfilan las escenas macabras de la muerte voy presintiendo en la atmósfera tu ausencia, y los espejos que no lograron fotografiar las últimas escenas..